

LA PEDERASTIA EN LA NOVELA GRIEGA ANTIGUA*

Máximo Brioso Sánchez
*Universidad de Sevilla***

Se ofrece una contribución al estudio de la historia de la pederastia griega, en sus testimonios literarios, desde su crisis, fechable en torno al siglo IV a. d. C., hasta los tiempos de la novela que llamamos "idealizante", cuyo tratamiento del tema examinamos en detalle. Diversos son los modos en que las novelas abordan el tema; sin embargo, se perciben en ellas unas tendencias básicas cuyo examen revela indiscutibles coincidencias con otros géneros del tiempo y en especial los tratados morales. Y discutimos también algunas propuestas de autores como B. Effe y D. Konstan.

Palabras clave: Novela griega antigua. Pederastia.

This paper attempts to contribute to the study of the history of Greek pederasty and its literary evidences, through the very beginning of its crisis on the fourth century BC onto the advent of the so-called "ideal" novel and its treatment of the subject. Despite the various degrees of attention and important inner differences, this genre shows some dominant trends coincidental with other contemporary genres, the moral essays in particular. Some theses by B. Effe and D. Konstan are also discussed.

Key words: Ancient Greek Novel. Pederasty.

1. La pederastia ha sido en diversos sentidos un problema filológico durante bastante tiempo y sólo ahora puede decirse que estamos asistiendo a una clarificación desapasionada del tema. En realidad, no cuesta nada llegar a la conclusión de que esa dificultad en el nivel de la investigación no es sino un reflejo de la dificultad general con la que nuestra sociedad tradicionalmente se ha enfrentado al tema. Nuestra pretensión es contribuir aquí del modo más modesto a ese esclarecimiento filológico y precisamente en un género un tanto olvidado al respecto: la novela griega antigua. Y siempre teniendo en

* Recibido: Enero, 2000.

** Dirección para correspondencia: Dr. D. Máximo Brioso Sánchez. Dpto. de Filología Clásica. Facultad de Filología. Universidad de Sevilla. Avda. Palos de la Fra., s/n, 41071 Sevilla.

cuenta otros géneros contemporáneos que sirvan para ilustrar, por semejanza o contraste, la situación de la pederastia en la novela¹.

El seguimiento de la historia de la pederastia antigua no es fácil. A veces incluso se ha procedido con una simplificación viciosa, al entender que ha habido dos fases, una primera de normalidad, en la que el fenómeno parece carecer de problemas, al formar parte de un sistema mental y social; y una segunda, en que su aceptación se torna problemática, hasta su crisis definitiva en fechas tardías, ya dentro del Imperio.

Pero los hechos son bastante más complejos ya desde los tiempos más antiguos y la literatura ilustra, aunque no siempre clara y directamente, esa vieja problemática. Desde luego ya para esas fechas no nos faltan testimonios de que una cierta ambigüedad acompañó a este fenómeno. Y luego una obra como la de Platón, en sus varias fases, es tanto un reflejo de las huellas de aquella antigua problematización del fenómeno como un anticipo de sus posteriores dificultades. Podría decirse incluso que el que el carácter antinatural de la pederastia se pudiese llegar a postular en cierto momento tiene sus raíces en esa incomodidad que debió serle inherente desde tiempos anteriores y que se puede rastrear precisamente en el propio Platón. El relato que hace Alcibíades en el *Simposio* de su frustrado intento de seducción de Sócrates, además de ir contra los usos más comunes de la pederastia, ya que el jovencito Alcibíades adopta ahí una actitud activa fuera de lo esperado en un *erómenos*, es un indicio de esa posición dubitativa, si no ya anticipo de la condena. Pero es más relevante aún el contraste que se da en la producción platónica, como testimonio de excepción, entre un Sócrates que se predica enamorado de todos los bellos adolescentes y ciertos pasajes de *Las leyes* en los que, en bien del cultivo de la virtud y de la procreación como fin esencial de la relación sexual y según el modelo de la propia naturaleza, se prescribe bastante estrictamente la castidad prematrimonial y la unión heterosexual. De un modo o de otro se abre paso así la crítica de que la otra forma de sexualidad da pie a una relación aberrante, en la que un varón adopta contra su propia naturaleza una actitud pasivamente femenina. Si la naturaleza es el modelo, nada semejante se encuentra en ella, como se creía poder observar en la conducta de los animales. Y es esto parece ser lo que cabe interpretar en diversos pasajes de la misma obra platónica (8.836b-c, 838e-839b y 840d-e)² y que da pie como argumento a

1 Utilizamos con toda intención el término pederastia y no homosexualidad, puesto que, aunque pueda haber algún caso debatible, aquellos a los que nos enfrentaremos responden esencialmente a aquel concepto particular y no al más amplio (para algunos simplemente distinto) de homosexualidad: cf. la discusión terminológica pertinente en G. DEVEREUX, "Greek Pseudo-Homosexuality and the 'Greek Miracle'", *SO* 42 (1968) 69-92 y D. M. HALPERIN, *One Hundred Years of Homosexuality and Other Essays on Greek Love* (New York-London, 1990). Uno de los problemas que plantea, por ejemplo, un polémico libro de J. BOSWELL, *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad* (Barcelona, reed., 1997 [Trad. esp.]), es el empleo de un concepto moderno tan amplio como el de *gay* con inclusión de las relaciones pederásticas.

2 Pero cf. ya *Phdr.* 250e: *παρὰ φύσιν ἡδονὴν δίδωκων*. La expresión *παρὰ φύσιν* (por oposición a la sexualidad *κατὰ φύσιν*) quedará como una etiqueta usual en las páginas de los detractores de la pederastia (y de la homosexualidad en sentido amplio). R. MACMULLEN, *Changes in the Roman Empire. Essays in the Ordinary* (Princeton, NJ, 1990) 348, n. 39, se opone con toda razón a la tesis de Boswell

la expulsión de tal hábito antiguo de su ciudad idealmente concebida y, además, lo que algunos autores posteriores, con Platón como referencia, entendieron. La norma para proceder a esta eliminación de un vicio antinatural es la imposición de un estricto celibato hasta el momento de una duradera y santificada unión “varón con hembra y hembra con varón” (ἄρρην θηλεία... καὶ θήλεια ἄρρηνι).

2. Poco después de la redacción de *Las leyes* nos encontramos que en la Comedia Nueva, en un contexto socio-literario nuevo en el que se rehúyen ya en general todos los aspectos que rayen en la grosería y la obscenidad, la homosexualidad y en concreto la pederastia es un factor, salvo contadas excepciones, prácticamente nulo, de lo que debemos deducir que la homosexualidad, tan brutalmente aludida en cambio en la Antigua, y la pederastia en particular se entendía que formaban parte de aquel conjunto de elementos que la nueva moral no permitía exponer en escena.

La Comedia Nueva, pues, es un precioso testimonio de que al menos en ciertos niveles sociales, de los que el teatro ahora se hace eco, la homosexualidad no es un referente decoroso y la pederastia en concreto no forma parte de la constelación de intereses públicos de esas clases sociales que imponen sus puntos de vista en la escena. Y parece darse como una realidad que ni siquiera precisa explicitarse que lo natural es la atracción entre ambos sexos; de un modo más preciso, la atracción que el cuerpo de la mujer ejerce sobre el varón. La tesis platónica está ya aceptada como un valor incontrovertible y se convertirá en un tópico en adelante. O, si se prefiere, el Platón de *Las leyes* y la *Nea* están en clara sintonía en esta nueva ética del sexo.

Pero ésta no es la corriente de pensamiento única que debe tenerse en cuenta. Hubo, como siempre, otras posiciones y entre ellas una que buscó la idealización del fenómeno pederástico, su justificación moral en una renuncia a la relación física y que contaba con el apoyo también, paradójicamente, de otros textos platónicos. El Sócrates del *Simposio*, en su casta y serena respuesta a los avances de Alcibíades, ofrecía el modelo perfecto para esta depuración de la antigua pederastia, en la actitud del filósofo que superaba las viejas contradicciones. Pero este mismo Sócrates platónico muestra, como hemos recordado, una doble cara: la del admirador de los chicos, de su belleza y encanto, pero a la vez un amable rechazo de las concesiones al sexo que la pederastia clásica conllevaba. Por ello no debe sorprendernos que luego surja entre los ensayistas y filósofos que son contemporáneos del desarrollo del género novelesco, tan influidos por Platón y deudores sin duda de una cierta corriente social, a la vez que una fuerte reserva ante esa relación, y, más específicamente, ante su vertiente física, una idealización decidida, que ahora definiríamos como una espiritualización del tema y que conduce a ver en la incli-

de que esta noción de la homosexualidad como antinatural no existió en el mundo antiguo. En realidad, BOSWELL, *op. cit.* (n. 1) 36, n. 22, trata de indagar cuál es el sentido de *naturaleza* en estos pasajes platónicos, lo que creemos que hace también sin especial acierto. Platón deja bastante claro (cf. *Lg.* 836b-c) que asocia el carácter antinatural simplemente con la relación sexual en la que un varón hace de objeto erótico o como si fuese una mujer. Platón no se está planteando ninguna definición rigurosa de lo *natural* y la *naturaleza*.

nación homoerótica la más ejemplar definición de la amistad. Como veremos también, en ese proceso es sorprendentemente un elemento menor, a veces ni siquiera mencionado, el carácter didáctico de la pederastia ancestral; es más, incluso aparece en forma negativa, denunciado como un pretexto hipócrita para el acercamiento a los muchachos.

Por otra parte, no faltan textos de la primera etapa del Imperio, que es la que aquí nos interesa más, en los que, más allá de las inclinaciones de los autores o de sus personajes, hay una paridad con frecuencia explicitada de ambos amores. Uno de estos textos, determinante además para nuestro tema, es el *Erótico* de Plutarco, en el que tiene lugar uno de los debates a que nos referiremos después. Pues bien, en esa obra y en boca de uno de los contendientes del debate, Dafneo, se dictamina que “uno y el mismo es este sentimiento de los Amores por los muchachos y las mujeres” (ἐν καὶ ταὐτόν ἐστι πρὸς παῖδας καὶ γυναῖκας πάθος τὸ τῶν Ἑρώτων: 751 e-f), y luego por parte del propio Plutarco, convertido en personaje destacado del diálogo, se dice: “...Ese entusiasmo amoroso por los muchachos de calidad y las mujeres virtuosas que es con mucho el más vivo y ardiente” (τὸν φιλητικὸν τοῦτον περὶ παῖδας ἀγαθοῦς καὶ σώφρονας γυναῖκας ἐνθουσιασμὸν πολὺ δριμύτατον ὄντα καὶ θερμότατον: 759 a). Una posición esta que habrá de tenerse en cuenta igualmente al referirnos luego a la novela.

3. Si contamos, pues, con el papel del amor en general, en la novela, con el papel ambiguo y problemático de la homosexualidad y de la pederastia en particular y de la exaltación de la *φιλία*, no debe sorprender el interés que debe despertar el tema en este nuevo género. Sin embargo, no ha debido de parecer así a los estudiosos, por cuanto apenas ha suscitado entre ellos la debida atención, sin duda absorbidos por el gran peso de la heterosexualidad en los relatos novelescos. Y es que la novela aparece en el momento quizás más crítico de la pederastia antigua, lo que la hace doblemente atractiva respecto a nuestro tema. Y por ello no podemos suscribir fielmente, al menos en cuanto a su interés, el cuadro trazado por M. Foucault: “Comparada con sus altas formulaciones de la época clásica, la reflexión sobre el amor de los muchachos perdió, en los primeros siglos de nuestra era, si no actualidad, por lo menos intensidad, seriedad y lo que tenía de vivo. Toma, allí donde se manifiesta, una andadura fácilmente repetitiva: jugando sobre temas antiguos —a menudo los del platonismo—, participa, pero de manera desvaída, en la reactivación de la cultura clásica. Incluso cuando la filosofía trata de volver a dar a la figura de Sócrates su prestigio de antaño, el amor de los muchachos, con los problemas que plantea, no constituye un foco activo y vivo de reflexión... Lo cual no quiere decir que la práctica haya desaparecido o que se haya vuelto objeto de una descalificación. Y todos los textos muestran claramente que era todavía corriente y que seguía siendo considerada como una cosa natural”³.

Aunque muchos aspectos del tema sigan siendo oscuros, parece evidente que la crisis de la pederastia antigua, que puede remontarse muy atrás, se agudiza en estos tiem-

3 Se cita por la traducción española: *Historia de la sexualidad* (Madrid 1993¹⁰) III, 174.

pos más recientes y como parte de un conjunto de cambios culturales y éticos entre los que aparece una mentalidad en general más intolerante respecto a ciertos fenómenos como el de la homosexualidad masculina y desde luego en concreto la pederastia⁴.

Tenemos así, brevemente expresado, un cuadro de ciertas corrientes de pensamiento con las que indudablemente debía contar la novela tanto en su nacimiento como en su desarrollo. Este cuadro es por supuesto incompleto, incluso si nos limitamos al ámbito literario, puesto que también otros géneros arrastran sus propios interrogantes. Cabe preguntarse, por ejemplo, si el epigrama refleja en su actitud la problemática contemporánea o es esencialmente un convencional heredero de la duplicidad erótica de la antigua lírica. La elegía nos ofrece un testimonio igualmente problemático, pero de otro signo, y lo mismo ocurre con el acerbo de historias y anécdotas amorosas que se lee en diferentes textos. Pero, en el caso de la novela, no sería de esperar que, como género literario, reflejara con rigor ni una sola ni la variedad de aquellas corrientes sociales y culturales. Más aun tratándose de un género que nace con vocación de culto al pasado, con fuertes tendencias a una propia idealización y que, como veremos, tampoco ofrece en absoluto una actitud uniforme respecto a nuestro tema.

Hay, por otra parte, un hecho que parece incontrovertible y complica aun más este panorama hasta el punto de hacernos recelar de toda interpretación que lleve a simplificarlo, y es que en la literatura griega existe una cierta división entre los géneros respecto a la libertad del lenguaje en el nivel que nos interesa. Hay géneros antiguos que cabe llamar eufemísticos, como la épica, la lírica coral, en buena parte la Comedia Media y Nueva y, en la prosa, la oratoria. Otros en cambio no tienen reparo en practicar, como después el epigrama, algún tipo de *αἰσχρολογία* o procacidad, como el yambo, el drama satírico, la Comedia Antigua o el mimo, que tienen el paralelo de lo que podemos ver reflejado en la decoración de la cerámica o incluso en el ritual. La comedia concretamente parece haber pasado por una evolución de una situación a otra, lo que sin duda debió responder a la distinta sensibilidad y conformación de su propio público. Y puede aventurarse desde ahora que la naciente novela en cierto modo parece continuar la misma tendencia, dentro de esa ética que ya hemos visto reflejada en la Comedia Nueva.

4. Hay un motivo densamente representado en la literatura de los primeros siglos imperiales, el del debate erótico, la contraposición de razones en pro y en contra de las dos clases de amor, que conviene que tratemos por brevemente que sea antes de referirnos a otras cuestiones. La razón básica, además de su interés en la época que nos atañe, está en que en la novela tenemos un ejemplo de este debate, en Aquiles Tacio, que nos va a servir de elemento comparativo con otros textos. Junto a este ejemplo novelesco destacan otros varios en el género contemporáneo que cabe caracterizar como de ensayo, en especial los que se leen en el *Erótico* de Plutarco y en los *Amores* atribuidos a Luciano.

4 Cf. BOSWELL, *op. cit.* (n. 1) 145 ss., donde se traza un panorama suficiente de estos hechos.

El que hayamos tratado más en detalle de estos textos en otro lugar⁵ nos exime de ofrecer de ellos un análisis más detenido.

La existencia misma del motivo del debate, por más que podamos ver en él un planteamiento retórico y artificioso, muestra la ambigüedad que rodea la pederastia en estos tiempos. La reflexión sobre ella se ofrece en la forma de una disyuntiva, lo que representa un fenómeno relativamente nuevo, puesto que la situación clásica no obligaba a una elección excluyente. En la novela un personaje como el Hipótoo de Jenofonte de Éfeso y un cierto Teomnesto en *Amores* nos remiten sin embargo todavía a aquella ambigüedad clásica, heredada por algunos epigramatistas, puesto que el primero citado, si en su conducta más típica es un pederasta, no dejará de sentir momentáneamente la atracción del otro sexo, y, en el caso de Teomnesto, éste, con plena conciencia del problema, confiesa su afición por igual a ambos tipos de amor. En cambio, como también veremos, otras figuras de pederastas de las novelas tienen una inclinación sexual que no es en absoluto ambigua. En su actitud se revelan tan excluyentes como otros personajes de los debates ensayísticos, creados justamente para ejemplificar conductas y opiniones polares.

El libro de Plutarco busca un cierto equilibrio en sus conclusiones, pero es evidente que las preferencias de su autor se inclinan hacia la relación heterosexual y además centrada en el matrimonio; en el del Pseudo-Luciano, que pudo escribirse entre el siglo II y el III, el resultado no es tan claro, pero sí es bastante apreciable que en sus conclusiones se ha buscado también un cierto equilibrio, pero de signo distinto, mientras que Aquiles Tacio, como veremos, deja al menos en apariencia toda decisión en suspenso, de lo que trataremos de dar alguna explicación más adelante (§ 7)⁶.

5. El *Erótico* tiene sin duda más ambiciosos vuelos que los otros dos textos. En él el debate es una pequeña sección, aunque la confrontación de ambos amores reaparezca en otros lugares. Su tema es el amor como concepto teórico, pero sin que falten, como difícilmente podía ser de otro modo en Plutarco, direcciones prácticas. En cuanto a la defensa de la pederastia, reduce el carácter *natural* de la relación heterosexual a la mera perpetuación de la especie, en tanto que aquélla es exaltada como la base de conceptos como la amistad y la virtud. El nivel de la una corresponde a los dominios femeninos, por lo cual se atrae los típicos vituperios misóginos; el de la otra a los de la estética y la cultura humanas. Para el defensor de la relación heterosexual, en cambio, la amistad precisamente es un atributo de ésta, tal como su vía es un atributo esencialmente femenino, la χάρις, definida como “favor” amoroso, es decir, la entrega complacida de la mujer al hombre (ἡ τοῦ θήλεος ὑπειξις τῷ ἄρρενι: 751 d.), que tiene su lugar más propio en el matrimonio. En esta relación se unen naturaleza y espiritualidad, en

5 Este estudio está previsto que aparezca en un volumen de homenaje al Profesor Jesús Lens publicado por la Universidad de Granada. Algunos exámenes también de conjunto de estos debates son claramente insuficientes: por ejemplo, los de BOSWELL, *op. cit.* (n. 1) 151-153 o K. COOPER, *The Virgin and the Bride. Idealized Womanhood in Late Antiquity* (Cambridge, MA-London) 24-28.

6 Véase también el artículo citado en la nota precedente (§ 17).

tanto que en la unión pederástica sólo hay una conducta antinatural, una forma de erotismo advenedizo nacido de la convivencia varonil en los gimnasios. La virtud, la amistad y el cultivo de la filosofía no son, según este bando, sino pretextos hipócritas con los que se disfrazan los pederastas. En la búsqueda del citado equilibrio se harán sin embargo luego algunas concesiones a la pederastia, aceptada como una etapa vital (754 d), según estaba consagrada en la tradición, incluso como un aspecto del amor (hay en ella también algunos ejemplos de fidelidad y sacrificio) cuyo estímulo es siempre la belleza. Pero, se concluye, es la relación entre los dos sexos la que del modo más perfecto aporta amistad y armonía.

Amores del Pseudo-Luciano comienza presentándonos la situación ya mencionada de Teomnesto, que sin duda simboliza la problematización teórica correspondiente a la experiencia vital del Hipótoo de Jenofonte de Éfeso y sirve de motivación para el debate. La discusión se reparte básicamente entre dos temas: la diferente naturaleza de ambas pasiones y la cuestión del placer. Se apela, de un lado y de acuerdo con las doctrinas del Platón tardío y de los estoicos, a los apetitos naturales de la mujer y del varón, cuyo fin es la procreación, y, de otro, a la pederastia como superación de tal elementalidad natural. Sólo en la pederastia se darían emparejados el placer y la virtud, la armonía de los espíritus (ὁμόνοια) y la amistad (φιλία), con su plena realización en la filosofía. La cuestión del placer, muy secundaria para Plutarco, nos permite en cambio asociar este segundo texto con el debate de Aquiles Tacio. El que ofrece la mujer permite, como entre los protagonistas de las novelas, una reciprocidad en forma de una “comunidad de afectos” (φιλεταίρω κοινωνία συζυγέτες: 27), frente a la fugacidad y unilateralidad del placer proporcionado por el *erómenos*, del que sólo disfruta el *erastés* (*ibid.*). En tanto que el defensor de la pederastia acudirá a los habituales tópicos misóginos: la engañosa cosmética femenina, incluso el vicioso gusto por ciertos ritos místéricos en los que las mujeres se entregan a sus extravíos (42). Los adolescentes ofrecen, frente a estos artificios femeninos, una sana y natural belleza, que permite una fiel convivencia prolongable más allá del declive del encanto físico. Se superaría así el carácter transitorio de la pederastia tradicional, pudiéndose alcanzar incluso aquello siempre negado a la relación pederástica: una reciprocidad de afectos en la que “se hace difícil discernir quién de los dos es ahora el amante de quién” (δυσχερὲς αἰσθέσθαι ποτέρου πότερος ἔραστής ἐστιν: 48). Y, como un compromiso con la vieja situación, se distingue una relación en dos etapas: la de los placeres juveniles, libre de los artificios y trampas que se censuran en las mujeres, y la de la simétrica reciprocidad de la madurez. Es más, esta sublimación de la pederastia llega a concluir que no es el sexo y sus placeres, sino la castidad, con su indudable modelo en la actitud de Sócrates ante Alcibíades en el *Simposio* platónico, el fin y sentido máximo de la relación pederástica.

Licino, el personaje que actúa de árbitro, aun pretendiendo conjugar los diversos y enfrentados intereses, adopta de hecho la segunda posición: el matrimonio, si se es afortunado, es una bendición, mientras que el amor a los muchachos, con su centro en la amistad, es una prerrogativa de los hombres selectos, de los filósofos. Admite que todos deberían casarse, pero, añade, es un privilegio de los sabios el amar a los muchachos. Sin

embargo, Teomnesto, que no ve con la misma simpatía esa virtuosa ascética, pondrá en duda que el placer pederástico consista sólo en esta casta y espiritual convivencia y defenderá un papel para el sexo en esta relación (53). En *Amores*, pues, se propugna, de un lado, una refinada forma de pederastia, pero, de otro, se ataca cualquier simulación y una hipócrita renuncia al placer físico. Entre las conclusiones de Licino y de Teomnesto se da una cierta contradicción, pero también una complementariedad. Sea como sea, si el autor deseaba dar, como Plutarco, una parte de razón a todos, sin duda el beneficio mayor resultó ser para la pasión pederástica, que admite el doble aspecto de una relación sensual y de una idealizada amistad.

6. En Aquiles Tacio ya en 1.8 se anticipa un esbozo de una *syncretis* de los dos amores, sólo que únicamente se expresa una postura, en la dura crítica por parte del pederasta Clinias contra el forzado matrimonio que amenaza a su παιδικά Caricles con una joven no precisamente agraciada. Clinias expone ahí un catálogo de acciones funestas de famosas mujeres. El riesgo de casarse (un tema ya tocado en *Amores*) es en su opinión como el del que va a la guerra, en la que puede esperarse traición y muerte. Si, además, la esposa es fea, “la desgracia se duplica” (1.8.8). Pero el auténtico debate se lee más adelante, al final del libro II. La situación está planteada una vez más como una tertulia exclusivamente masculina, puesto que la protagonista se nos dice de modo explícito que está ausente. Por otra parte, este debate no muestra, a pesar de su estilo y formalización retórica, ni el grado de convencionalidad ni el franco artificio que hallamos en *Érotos*. No se nombra tampoco un árbitro, lo que se explica por el tono de amable sobremesa del texto y responde además a un hecho inapelable: los tres individuos presentes tienen tomada su posición sexual y son partes interesadas. Por ello Clinias, que no interviene en la discusión, hubiera sido un árbitro escasamente neutral.

Por supuesto, el texto de Aquiles Tacio arrastra la consabida carga de tópicos y citas mitológicas, que no es del caso recordar aquí. También se insiste, por parte de Menelao, el segundo amigo pederasta del protagonista Clitofonte, en la diatriba misógina y se hace alguna incursión en memoria de la concepción platónica de las dos formas de belleza, identificándose, como era de esperar, la *celestial* con la de los muchachos. El siempre denostado carácter efímero e insatisfactorio de la relación con éstos se vincula a ese sentido de fugacidad e inaccesibilidad de la belleza celestial. Por lo que atañe a la censura contra la mujer, Menelao se referirá igualmente al artificio que representa el tocador femenino, a cuyos resultados engañosos se contraponen, como en *Érotos*, el encanto natural, incluso adornado con una ingenua torpeza, de los muchachos (38.4 s.), que se corresponde con una constitución corporal que puede ofrecer al abrazo incluso cierta resistencia en su dureza y vigor, tan antifemeninos⁷. De acuerdo con una vieja concepción griega, todo esto no es sino la expresión de la inferioridad del cuerpo de la mujer, que justamente la lleva a no mostrar su verdadera entidad, sino a recurrir al engaño y la trampa. Y, dada esa inferioridad, es lógico que la mujer, según Menelao, no pueda ofre-

7 Cf. *Érotos* 26.

cer una reciprocidad igualitaria de los afectos. La asimetría resulta por ello, según esta visión, connatural a la atracción de los dos sexos, diferentes e incluso opuestos.

Clitofonte verá en cambio la verdadera simetría en la grata complementariedad del cuerpo femenino, que se amolda al del amante, proporcionándole así placer, lo que no puede menos de recordarnos una vez más lo que leemos en *Érotos* (*ibid.*). La mujer ofrece y recibe a la vez ese placer deseado, al ser al mismo tiempo pasiva y activa, en tanto que “los besos de los mocitos carecen de arte, sus abrazos no tienen ciencia alguna, su Afrodita es perezosa y no hay placer alguno” (παίδων δὲ φιλήματα μὲν ἀπαίδευτα, περιπλοκαὶ δὲ ἀμαθεῖς, Ἀφροδίτη δὲ ἀργή, ἡδονῆς δὲ οὐδέν: 37.10), lo que va más allá de la tradicional pasividad del *erómenos*, al negársele también la capacidad de suscitar placer en su compañero. No sólo estamos ante la asimetría típica de la pasividad del *pathicus*, sino ante una relación a todas luces insatisfactoria, a la que se suma la transitoriedad⁸ que convierte a los muchachos en efímeros objetos del deseo. Menelao recurre, en cambio, a una idealización forzada, que no es sino un recuerdo platónico: ese efímero encanto de los adolescentes es superior porque “no soporta estar atado a una belleza mortal y trata de escapar hacia el cielo prontamente” (τὸ μὲν οὐράνιον ἄχθεται θνητῷ κάλλει δεδεμένον καὶ ζητεῖ πρὸς οὐρανὸν ταχὺ φεύγειν: 36.3). Por el contrario, no hay nada comparable a aquella solución aportada en *Érotos*, según la cual era posible una prolongación indefinida y enriquecedora de la relación homoerótica en forma de una duradera amistad, que enlazaba con la bien conocida concepción aristotélica, que asignaba precisamente las cualidades del más alto grado de la *φιλία* en forma de simetría de afectos a las relaciones entre varones⁹, un olvido que resulta más notable por cuanto en las novelas justamente es una conducta típica de las parejas homoeróticas, fieles hasta la muerte y con un amor que se acerca a la simetría heterosexual (cf. §§ 13 s.). Pero a la vez estamos también muy alejados, gracias a esa pretensión idealizadora y a pesar de la relevante parte aquí dedicada al tema del placer, de la carnalidad más descarada de tantos textos epigramáticos.

Un rasgo de interés añadido en este planteamiento ha sido subrayado por Konstan y se refiere a la perspectiva adoptada. Como dice este autor, “the issue turns not on the nature of desire, whether homosexual or heterosexual, but rather on the relative merits of the love object. Gender in sexuality is treated as a matter of comparable preferences, not of innate or inveterate disposition”¹⁰. Esta limitación, que va más allá incluso

8 Recordemos el límite de edad clásico con la fórmula εἰσὶ τρίχες: cf. *Érotos* 10 y 26. Algunos epigramatistas tratarán de romper esta limitación de la edad: los casos posiblemente más claros son *AP* 12.4 y 10 (Estratón), lo que no impide que el mismo Estratón insista en el tópico de la fugacidad pederástica (cf. 12.21, 176, 186, 195, 220, etc.). Las dudas de BOSWELL, *op. cit.* (n. 1) 51-53 y n. 52, sobre la relación de edad en la pederastia, basadas en ejemplos aislados, algunos referidos simplemente a la fidelidad, y de fechas muy distintas, son poco razonables, en tanto que los testimonios en contra son abrumadores.

9 Cf. el análisis de D. KONSTAN, “Amor, matrimonio y amistad en la novela antigua”, *Humanitas* 49 (1997), sobre todo pp. 118-121.

10 D. KONSTAN, *Sexual Symmetry. Love in the Ancient Novel and Related Genres* (Princeton, NJ, 1994) 28 s.

de lo que Konstan señala, puesto que más que tales *méritos* en general se trata de discutir la capacidad de dar placer, no puede achacarse a los otros textos. Aquiles Tacio ha restringido fuertemente el horizonte de la discusión. Por ello se destaca sobre todo el contraste entre los cuerpos y su diferente efecto en el abrazo, lo que no sorprende en una novela en la que el grado de sensualidad es muy superior a la media en el género y en la que el idealismo típico de éste desciende muchos peldaños.

7. A este debate se le ha achacado una falta de decisión final. Ya nos hemos referido a esta cuestión en nuestro artículo del homenaje al Profesor Lens (cf. n. 5), pero no es del todo impertinente repetir brevemente aquí nuestra argumentación. La opinión de que esta *síncrisis* queda abierta, sin clara decisión, la ha expresado, por ejemplo, B. Effe¹¹, y formalmente, si tomamos el debate entre Clitofonte y Menelao como un texto aislado, esto sería cierto. Pero se trata de un episodio novelesco, que no se puede dissociar del conjunto del relato. El debate posee en éste una vertiente de mero pasatiempo simposiaco, y es así como lo inicia Clitofonte, con la intención expresa de hacer olvidar sus penas a sus dos afligidos contertulios. Por tanto, desde este punto de vista ¿qué sentido tiene entonces plantear la necesidad de una decisión final, que además ni siquiera estaba prevista desde el momento en que no se nombra árbitro alguno? Es la novela, en cambio, la que sí impone una decisión en favor del mayor rango del amor heterosexual. Éste es, por lo demás, un principio del propio género. De modo que no podemos leer el citado debate en esta novela con la misma perspectiva con la que leemos los textos de Plutarco o del Pseudo-Luciano. Pero es difícil no ver a la vez en este debate y en concreto en la exposición de Menelao otra vertiente más profunda y seria: una toma de posición, aunque esencialmente limitada al nivel del placer, sobre una cuestión viva en la época y que se refleja en las propias historias pederásticas que se leen en la misma novela, tomadas evidentemente tan en serio por el autor como la de Hipótoo en Jenofonte de Éfeso. Estos episodios homoeróticos son claramente secundarios y menores en el relato de Aquiles Tacio, como lo es el autobiográfico de Hipótoo, pero no se puede dejar de observar la aparente paradoja de que sea uno de los dos confesados pederastas, Clinias, el que imparta lecciones de seducción al protagonista en sus pretensiones heterosexuales (1.9 s.), lo que en realidad significa que buena parte de sus instrucciones son ambivalentes, aplicables a una y otra clase de amor.

Todo esto aporta a la pederastia en esta novela un papel ciertamente secundario, pero aun así relevante, como una segunda forma de amor, de un modo semejante al planteado en Plutarco. A ello se añade otro hecho de interés y ligado a lo que acabamos de decir, pero de no muy fácil interpretación: el que en estas dos novelas en las que la pederastia adquiere cierto nivel la figura del pederasta desempeña a la vez una función positiva de otra índole, la de *amigo* del protagonista masculino, por lo que no sólo posee una autonomía narrativa como centro de una historia propia, sino que es un importante *auxiliar* en el relato principal (cf. § 32). En Longo ya no es así, puesto que, como se

11 B. EFFE, "Der griechische Liebesroman und die Homoerotik. Ursprung und Entwicklung einer epische Gattungskonvention", *Philologus* 131 (1987) 95-108: *vid.* p. 100.

verá, no existe propiamente un *amigo* del héroe y, además, la actitud respecto a la pederastia ha cambiado tan radicalmente que sería incompatible con una figura positiva como es el *amigo* novelesco. Queda sólo un residuo de aquella herencia: el pederasta Gnatón, que no tiene historia propia y autónoma, adquiere eventualmente el papel de *auxiliar* de Dafnis al salvar a Cloe de un peligro, pero no por afecto al héroe ni por apego a la heroína, sino por intereses particulares (4.29). De este modo Gnatón como *auxiliar* muy circunstancial enlaza hasta cierto punto con las funciones de Hipótoo en Jenofonte de Éfeso y con los dos *amigos* pederastas de Clitofonte en Aquiles Tacio. La ayuda concedida por estos personajes a la protagonista en todos los casos es más como un favor a su joven amante o esposo, puesto que el *amigo* novelesco lo es esencialmente del protagonista, no de su pareja erótica¹².

Este papel del *amigo* en la novela es por supuesto una herencia literaria, ya que en las letras previas abundan estos leales acompañantes masculinos y en algún caso, como en la interpretación clásica de la pareja formada por Aquiles y Patroclo, con ribetes pederásticos. Pero en el nuevo género adquiere unas notas propias, que hemos examinado en la serie de trabajos citados. El rasgo que nos interesa en especial aquí es en concreto la coincidencia de su función con su conducta pederástica, lo que por el carácter secundario de esta vinculación erótica en la novela hace que tal asociación entre el *amigo* y esta manifestación homoerótica resulte llamativa. Pero, a pesar de que no es una novedad esta coincidencia entre la amistad y esta inclinación sexual, en la novela, según veremos, tiene connotaciones propias desde el momento sobre todo en que la citada inclinación pederástica es ajena al protagonista¹³.

8. Si nos atenemos al *corpus* de las cinco novelas conocidas completas, la pederastia parece ser objeto sólo de una relativa atención, al quedar relegada a un nivel secundario en tres de ellas (Jenofonte, Aquiles Tacio y Longo), a meras alusiones, que luego discutiremos, en Caritón, o a un silencio absoluto en Heliodoro. El contraste, de acuerdo con una primera impresión, no puede ser mayor con un género como el epigramático, en el que en algún autor se da incluso una especialización pederástica y muchos otros persisten en este tiempo en un tratamiento francamente favorable del tema. Lo que no significa que una concienzuda comparación con lo que ocurre en ambos géneros no revele muchas coincidencias, como se puede comprobar en los planteamientos del motivo del debate.

12 En una serie de artículos en que hemos examinado este tipo novelesco y su evolución en el género se ha destacado precisamente esta particular condición: "El personaje del 'amigo' en la novela griega. Caritón", *Minerva* 1 (1987) 61-74; "El personaje del 'amigo' en la novela griega antigua. De Jenofonte de Éfeso a Aquiles Tacio", *Philologia Hispalensis* 4 (1989) 599-616; "El personaje del 'amigo' en la novela griega antigua: Heliodoro (continuación)", *Philologia Hispalensis* 5 (1990) 369-377; con alguna otra aportación suplementaria como "Heliodoro VI 5-11 y la crisis del 'amigo' en la novela", *Habis* 18-19 (1987-1988) 101-107.

13 Una frase que se lee en MACMULLEN, *op. cit.* (n. 2) 187, es bastante desorientadora: "Greek novels continued to be written and to include heroes alternately in love with lovely men and lovely women".

Una cuestión distinta del relieve de la pederastia en la novela, pero que no es del todo ajena a ésta primera, es la de que, además, las pasiones pederásticas no suelen tener una buena fortuna. Incluso cuando su tratamiento no es negativo, las historias en que se dan tienden a ser patéticas y a tener un triste final, excepto en algún caso aislado como el de Hipótoo y Clístenes, que por otro lado, al tratarse de unos amores que reemplazan a los desdichados de Hipótoo e Hiperantes, obliga a plantear el problema de si la relación pederástica, por fuerte que sea, conlleva o no, a diferencia de la afrontada por la pareja protagonista, una fidelidad a ultranza, incluso tras la muerte (cf. § 13), un tema muy enérgicamente puesto de relieve por el mismo Jenofonte de Éfeso en el nivel heterosexual. Incluso se puede observar que, mientras que un amigo como Policarmo en Caritón se ve premiado al final del relato con un matrimonio, amigos pederásticos como Clinias o Menelao simplemente son olvidados o dejados narrativamente atrás en su soledad amorosa, siendo el único ejemplo en contrario el del citado Hipótoo.

Todo esto nos conduce a una conclusión provisional: la novela no sólo trata secundariamente la materia pederástica, en buena parte de las veces en historias digresivas, sino que ofrece respecto a ella tratamientos muy dispares. En el género en esta cuestión, como en tantas otras, hay corrientes distintas y que no siempre tienen que ver con la cronología y la evolución del propio género. La actitud de Caritón en particular estaría aparentemente en este punto mucho más cerca de la de Longo que de la de un novelista cronológicamente más próximo como es Jenofonte de Éfeso (cf. § 17). También está por dilucidar el espinoso tema de si, en esa diversa conducta respecto a la pederastia en el género, estamos ante un hecho esencialmente literario o si, por el contrario, la novela refleja de algún modo un proceso real, ético y cultural. Esto nos llevará también a discutir más tarde una tesis propuesta por Effe y de la que en parte al menos disentimos (§§ 33 s.).

9. Hemos recordado ya cómo la casi generalidad de las historias pederásticas de la novela tienen un final patético. También hemos subrayado desde nuestras primeras páginas que la situación de la pederastia en este género no puede observarse aisladamente. Está, por un lado, la relación ya examinada con otras manifestaciones del pensamiento del tiempo, como se reflejan en ciertos teóricos e incluso en diversos géneros literarios; y, por otro, la herencia, igualmente aludida, por lo menos de un género como la Comedia Nueva, que es insoslayable en el punto que nos ocupa; y, todavía, entre otras referencias posibles, está la elegía helenística.

La colección de Partenio, aunque algunos de sus relatos no proceden de la elegía, sino, por ejemplo, de crónicas locales (pero que también en su elección deben ser indicativos sobre los gustos de su época), puede considerarse bastante significativa respecto a los temas tratados por la elegía helenística. Pues bien, en ella sólo hay un par de historias de pasión homoerótica. Si añadimos el hecho de que los únicos restos de elegías eróticas de Calímaco responden a amores del tipo heterosexual, tenemos otro dato de gran interés. Nuestro conocimiento de la nutrida elegía helenística es en su mayor parte indirecto, pero nos permite observar que estuvo apegada por lo general a las materias míti-

cas y legendarias, lo que cabe también interpretar que puede ofrecernos un muy discutible testimonio si se lo toma como expresión de un pensamiento vivo. Sea como sea, en determinado momento, en el Helenismo, salvo casos de especialización (Fanocles), el género parece haberse inclinado por la versión heterosexual del tema erótico, lo que debe relacionarse con la situación, posterior (pero con raíces helenísticas), de la novela. En el terreno del tema erótico, tal como existe una continuidad entre la *Nea* y la novela, igualmente la hay, salvadas todas las distancias, entre la elegía y la novela. Los tres géneros forman parte, con las restricciones que se desee, de una tendencia común, en la que es posible observar notas encadenadas de la evolución del concepto del amor.

La elegía, tanto la que muy parcamente conocemos de modo directo como la que nos ha llegado indirectamente, aporta además un dato que sirve para clarificar aquella orientación patética de las historias pederásticas de la novela a la que nos hemos referido. Un número abrumador de textos debió recoger la herencia de la vinculación entre una historia amorosa y un final desdichado. Calímaco, con sus finales felices, es precisamente una excepción llamativa, aunque no la única por supuesto. Unos ejemplos pueden ser la historia de Arceofonte que contara Hermesianacte en el libro II de su *Leontion*, cuyo frustrado amor le lleva a dejarse morir de inanición, o la número 7 de Partenio, en la que el tirano local acosa al jovencito Hiparino, entrometiéndose trágicamente en los amores de Hiparino y Antileonte. Por tanto, las historias pederásticas de Jenofonte y Aquiles Tacio no hacen probablemente sino tomar un rumbo tradicional. Y no se trata ya sólo de que el amor pederástico sea flor de un día, efímero en sus propias limitaciones, o de que esté también sujeto al rechazo y al dolor, tal como lo expresaba la tradición literaria; es que, como en tantos relatos de amores heterosexuales, esa tradición tendía a imponer preferentemente un final desdichado. Si hay una novedad en la novela, está más bien en el sistemático final feliz para las parejas heterosexuales, en los amores de los protagonistas, que siguen el camino de la Comedia Nueva y de algunas elegías como las calimaqueas. Un final feliz que tiene mucho que ver sin duda con la revalorización sentimental del matrimonio, que es determinante en el género novelesco. Los episodios pederásticos de la novela parecen, pues, haber mantenido simplemente, en los casos citados, esa tendencia tradicional, mientras que no ha ocurrido así en los relatos heterosexuales: hasta una historia secundaria como la del secuestro de Calígona en Aquiles Tacio tendrá su correspondiente desenlace feliz, incluso con la regeneración moral del secuestrador, y un dichoso matrimonio aguarda, en Heliodoro, al también secundario Cnemón. En cambio, las historias homoeróticas tendrán un obstáculo que resultará insuperable en la forma de un final desdichado y sólo en la de Hipótoo, secundaria por partida doble (para Hipótoo, Clístenes sólo es un sustituto de su primer amor), asistiremos a un final feliz, ya que no resulta incompatible con una demostración de fidelidad al muerto Hiperantes.

10. Otro aspecto que debemos considerar es, por el contrario, el de ciertas semejanzas que guarda en la novela la pasión homoerótica con la heterosexual que vemos perfectamente ejemplificada con el amor entre los dos jóvenes protagonistas. Puede hablarse incluso de un evidente paralelismo entre las dos clases de amor. Esto supone un contraste con la situación clásica, en la que la una y la otra seguían caminos divergentes, pero en

la que a la vez la relación dominante/dominado creaba sin embargo una base común. Ese paralelismo no se limita desde luego al ámbito de la novela. Y precisamente si ambas categorías eróticas pueden verse enfrentadas en un debate es porque tienen rasgos comparables.

No obstante, un autor como Konstan ha sostenido en su libro ya mencionado la tesis exactamente contraria: que el tratamiento de la pederastia en la novela es en sentido estricto un modelo opuesto al del amor heterosexual de los protagonistas (pp. 26-30). Ya hemos señalado la diferencia usual en los finales de las historias respectivas y todavía añadiremos otros matices diferenciales, pero los argumentos manejados por Konstan van más allá hasta plantear una especie de oposición irreductible. Para Konstan, la pederastia habría mantenido ahí la herencia de la “asymmetry of power and passion” o “transitive relationship” que marcaba el erotismo tradicional y que en las mismas novelas se conserva también para las pasiones referidas a los (o las) *rivales* (pp. 8 s.). A nosotros su exposición nos parece bastante insuficiente para demostrar su tesis; es más, creemos que muestra una importante laguna, al no tener en cuenta ni la variedad de tratamientos que ofrece la novela en este punto ni el proceso por el que pasa la pederastia en la historia del género y que aquí precisamente subrayamos. No negamos, conviene insistir en ello, unas ciertas diferencias y el carácter marginal de la pederastia, por supuesto siempre por comparación con las relaciones heterosexuales de los protagonistas, pero, como iremos viendo, existen otros datos que contribuyen a desacreditar esa radical oposición y de paso la general concepción negativa que se deduciría de ella. Pues por esa vía sin duda se llega a una conclusión inevitable: la de que la pederastia en el nuevo género, de un modo explícito o implícito, sería un factor tenido por moralmente negativo.

11. Se ha dicho del amor de los protagonistas de las novelas que es una pasión monomaniaca y excluyente¹⁴. Y en él se han resaltado datos como la fidelidad, la relación simétrica y la castidad¹⁵. Pero esta clase de pasión monomaniaca la sufren no sólo los jóvenes protagonistas, también otros personajes secundarios y desde luego las con frecuencia terribles y destructivas *rivales*. Y se da igualmente en las relaciones pederásticas que nos ofrecen los textos. El hallazgo platónico-“aristofánico” en el *Simposio* de *la otra mitad* supone ya este concepto del amor como obsesión. La pasión se concentra, para siempre, en un único ser amado y a él se supedita la vida toda del amante. Los propios mitos tradicionales recogidos por la elegía helenística aportaban noticias sobre tales conductas: así, Orfeo, en la versión que desarrolla Fanocles (fr. 1), muere a manos de las tracias por su amor pederástico y excluyente a Calais el Boreida. En el mito narrado en el *Simposio* esta atracción pasional se da por igual en todas las clases de amor y lo mismo ocurre en la novela. Y quizás, en fin, no sea tampoco irrelevante traer a colación aquí

14 Cf. M. FUSILLO, *Il romanzo greco. Polifonia ed eros* (Venezia, 1989) 207 ss; existe una versión francesa de esta obra, que lleva el desorientador título de *Naissance du roman* (Paris, 1991).

15 Cf. para todos estos aspectos nuestra contribución “El amor, de la Comedia Nueva a la novela” al volumen colectivo editado por M. BRIOSO SÁNCHEZ y A. VILLARRUBIA MEDINA *Consideraciones en torno al amor en la literatura de la Grecia antigua* (Sevilla, 2000) en prensa.

que, en el caso de la pederastia, esta serie de notas y más en concreto el atributo de la exclusividad no pueden dejar de tener alguna relación con el ideal planteado por un autor como Aristóteles en el plano de la amistad, entendida básicamente como masculina, y que tiene en la singularidad un rasgo destacado. En la *Ética a Nicómaco* precisamente la conformación de una pareja amistosa es un dato clave para esta definición de la amistad, y no deja de ser notable tanto la singularidad de la figura del *amigo* en las primeras novelas conocidas, tal como la reducción habitual de la relación homoerótica a una pareja de fidelidad probada (cf. luego § 16).

La pasión novelesca, que llena la vida de ese modo extremado, debe arrostrar graves dificultades, como ya ocurría en la Comedia Nueva, por ejemplo, en la forma de alguna boda impuesta o proyectada. También en la elegía, en un tema como el citado de la pasión de Arceofonte, hay una oposición familiar. Y en Aquiles Tacio, por ejemplo, acorde en este punto claramente con el modelo de la *Nea*, el amor de Clitofonte por Leucipa funciona como una rectificación ética de un error familiar e impide la imposición de un matrimonio arreglado por la familia, el de Clitofonte con su hermanastra. De un modo parecido, en Heliodoro Caricles insiste en casar a Cariclea con un pretendiente determinado (2.33.4 s., 3.19.4, etc.), y, aunque con menos rotundidad, están bastante justificados, en Longo, los temores de Dafnis de que los también supuestos padres de Cloe acaben por desposarla con algún mozo socialmente mejor situado (3.25 s.).

Paralelamente, en el libro I de Aquiles Tacio se nos relata una historia homoerótica, en la que se suscitan problemas semejantes. La forzada boda que amenaza al jovencito Caricles, amado por Clinias, representa también, aunque sea en un plano narrativamente secundario, la sinrazón trasnochada de los usos tradicionales, agravada por la falta de gracias de la novia impuesta, y arrastra la desventura de dos enamorados. Algo semejante ocurre, pero en un nivel aun más degradado, con la interferencia de un tercero adinerado en las relaciones de Hipótoo e Hiperantes en la novela de Jenofonte de Éfeso. Esta otra historia tiene algunas concomitancias con la séptima de Partenio, a la que nos hemos referido antes. En el caso de la novela, Hiperantes morirá, en la de Partenio será Antileonte el que dé su vida por su amor. En la historia de Clinias y Caricles en Aquiles Tacio un terrible accidente hiere de muerte a éste, acercándose en su triste desenlace a las otras. Y en el relato que hace Menelao en el mismo autor de su pasión por un muchacho ésta termina en un drama aun más terrible, ya que el amado muere también accidentalmente, pero a manos del propio Menelao.

12. Pero los obstáculos no se limitan desde luego al ámbito de la familia; las propias aventuras y acosos de otros individuos forman en las novelas un cúmulo tremendo de barreras que los protagonistas enamorados deben salvar penosamente, probando así su mutua fidelidad y la tenacidad de su pasión con el sufrimiento y a veces el riesgo de la propia vida. No importa que en algunos relatos este lazo de la fidelidad tenga sus quiebras. Esas transgresiones no son sino accidentes menores sin especial significado para la relación sentimental entre los amantes o esposos, de modo que éstos siempre concurren unidos al desenlace feliz de todas las novelas.

En los amores pederásticos también se nos enfrenta a pasiones que son objeto de obstáculos externos, de modo que éstos y los finales trágicos no hacen sino subrayar esa fidelidad a ultranza. De ahí que esas historias se puedan narrar incluso como mutuos consuelos en el infortunio¹⁶. La muerte trunca la unión amorosa, pero ni siquiera significará el fin de la pasión. En los amores de los protagonistas las frecuentes muertes aparentes no son sino hechos paralelos, aunque estemos ante un artificio narrativo que acrecienta el interés dramático, pero que no impide poder arribar luego al obligado final feliz. Muertes reales en un caso, aparentes en el otro son pruebas equivalentes en esa entrega definitiva que constituye la pasión monomaniaca de los unos y de los otros. Y las figuras de esos antagonistas eróticos, los apasionados *rivales* dotados de poderosos medios de presión, son también intercambiables como obstáculos. El final trágico más usual en las pasiones homoeróticas parece una diferencia marcada y lo es sin la menor duda. Pero no afecta al carácter radical de las pasiones.

Tal como está tratada en Jenofonte de Éfeso y en Aquiles Tácio, la relación pederástica no es por tanto ya un juego erótico superficial ni una vinculación transitoria como en los tiempos clásicos ni el veleidoso mariposeo a que nos tiene acostumbrados el epigrama helenístico-imperial y que se repite en los personajes estereotipados que encontramos en el Pseudo-Luciano. Es una pasión recia y persistente, dibujada con rasgos semejantes a los de las grandes pasiones heteroeróticas, una atracción destinada a ser estable y que desde luego tenderá también a ser excluyente respecto a la otra categoría amorosa. Todavía esto último no está perfilado del todo, como ya se ha mencionado (§ 8), en Jenofonte, pero sí es indiscutible en Aquiles Tácio, que a todas luces supone un paso adelante en esa equiparación de los dos amores, y puede rastrearse incluso en el *Satiricón*. También en este punto el modelo de la pederastia clásica ha retrocedido. Se muestra así un ideal, con ciertas notas comunes con planteamientos como el de Calicrátidas en *Érotes* o el de Máximo de Tiro.

A la vista de todo lo cual resulta simplista la idea de que las figuras que en la novela representan el que cabría llamar bando pederástico pertenecen en bloque a una categoría básicamente negativa. Ya vimos (§ 10) cómo ésta era una deducción lógica, casi inevitable, de los planteamientos de Konstan, pero quien ha expresado con más claridad esta conclusión incorrecta ha sido seguramente G. Anderson, el cual escribe lo siguiente: "In the ideal novels homosexuals are often subjected to the same disdain or misfortune as adulterers and other disreputable characters"¹⁷, citando, ¿cómo no?, los casos de Corimbo en Jenofonte de Éfeso y de Gnatón en el relato de Longo, a los que habremos de volver más tarde (§§ 21 y 27 s.). Y todo ello para intentar mostrar parcial y confusamente que la homosexualidad (es el término empleado por Anderson) no suele tener una visión positiva en el género, lo que habría quizás facilitado la tarea de Petronio y su su puesta parodia del amor idealizado de la novela griega.

16 Cf. X. Eph. 3.2.15-3.3 y Ach. Tat. 2.34.7.

17 G. ANDERSON, *Eros Sophistes. Ancient Novelists at Play* (Chico, CA, 1982) 66.

13. Ya nos hemos referido a la fidelidad en la relación homoerótica novelesca, que está lejos de aquella vinculación regulada por la edad y de carácter coyuntural y transitorio de la pederastia clásica. Hay, es cierto, viejas historias que encomian una relación ejemplarmente duradera, cuyo admirable carácter no hace sino subrayar su excepcionalidad¹⁸. Y ya Plutarco en un pasaje del *Erótico*, al referirse a este tema de la fidelidad y a la vez que señala el amor como el sentimiento que la fomenta, subraya que no suele darse igualmente, en cambio, en las relaciones homoeróticas, y de ahí que sean pocos los ejemplos aducibles, porque es condición típica de la pederastia precisamente la inconstancia y la transitoriedad (770b-c). Por el contrario, la idealización de la relación homoerótica en un pensador como Máximo de Tiro sí conlleva la fidelidad como atributo. Es claro de la lectura de estos textos que no sólo era una cuestión polémica la de la fidelidad en la inclinación pederástica, sino que, si se deseaba preservar su valoración positiva, debía depurársela de cualquier mancha o debilidad. Pero la dificultad se agudizaba naturalmente al tocarse la temática del sexo y el placer: si el sexo perdía importancia, la pretendida idealización identificaba la pederastia con la amistad; si se mantenía su vigor, entonces surgían los viejos riesgos que acechaban en la impureza denunciada ya por Sócrates en el *Simposio* y en la connatural inconstancia de la pederastia tradicional, y se sufría la avasalladora competencia de la relación heterosexual, reforzada ahora por el apreciado concepto de la fidelidad y por la nueva valoración del matrimonio. La novela, pues, se aparta en este punto de lo que podría ser todavía una opinión (y no digamos un uso) bastante común y que está subrayado en Plutarco, para alinearse con una posición idealista. Y con ello, al ser la fidelidad a ultranza otra nota destacable igualmente en los amores de los protagonistas de las novelas, vemos nuevamente reforzado el paralelismo que se da en ellas entre ambas categorías eróticas.

La fidelidad entre los héroes resiste, como decíamos, las más recias pruebas y puede expresarse como lealtad hasta la muerte e incluso después de la muerte, a veces con una especial relación con el cuerpo de la persona amada supuestamente muerta. También es por supuesto una muestra de esta fidelidad la búsqueda que incansablemente lleva a cabo el protagonista masculino (más raras veces la heroína) cuando la amada ha desaparecido o se la da por muerta. Pues bien, entre los amantes pederásticos se da el mismo sentimiento, incluso con el motivo de la fidelidad hasta la muerte y del amor al cuerpo muerto del ser querido. Así, Hipótoo consagra dos veces la tumba de Hiperantes y en Aquiles Tacio los amigos pederastas guardan fidelidad al amado muerto, y Menelao, como hace Quéreas en Caritón (1.5.4 s.), reclama su propia sentencia de muerte en el juicio por la de su amado que él mismo causara (2.34.6). La fidelidad en estos amores pederásticos idealizados, al ir asociada a finales trágicos, quiebra por supuesto, pero sólo y forzosamente en este punto, el paralelismo con la que hallamos testimoniada entre los protagonistas novelescos, que se corresponde con finales felices, pero su planteamiento es muy semejante. Se trata de un sentimiento que, salvo las excepciones ya señaladas, no admite barreras, ni aun la de la muerte.

18 Cf., por ejemplo, los casos citados en K. J. DOVER, *Greek Homosexuality* (London, 1978) 84-86.

En cuanto al motivo de la búsqueda ya aludida, en las historias pederásticas, narradas brevemente, no hay lugar para esas largas peregrinaciones a que nos acostumbran los amantes o esposos protagonistas. Pero, por lo que se refiere sobre todo a Hipótoo e Hiperantes, aquél procede a rescatar a su amado, aunque su empresa acarree el triste fin de éste. Konstan ha creído, sin embargo, poder establecer en este punto y en otros de la conducta de diversos personajes una diferencia esencial respecto a la del héroe novelesco: éste, aunque siga a su perdida amada, lo hace con un típico talante antiheroico y la razón, puesto que no reside en una cobardía o pusilanimidad que con frecuencia resulta negada por otros de sus actos, es que así, con una pasividad que se muestra igualmente en llantos o intentos de suicidio, se sitúa en el género al mismo nivel que la heroína, como otro medio para reforzar la simetría erótica de ambos en el relato (pp. 15 ss.).

A nosotros al menos no nos convence este razonamiento. Es más, Quéreas y Habrócomes, por ejemplo, se manifiestan en Caritón y en Jenofonte tan decididos en la búsqueda activa de sus esposas como Hipótoo en el rescate de Hiperantes en el episodio citado y la divergencia está en las diferencias entre sus respectivas historias y sobre todo en los resultados de sus actuaciones. Decir, como Konstan, que esta última historia “develops a contrasting kind of erotic relationship from that of the main characters” y que “the formula of heroic rescue is predicated on an opposition or dimorphism in the roles of the lovers, such that one is active and dominant, the other passive and dependent” (p. 27) es muy poco convincente. En Caritón y en Jenofonte, como es lo más frecuente en las novelas, es el relato con sus azarosas circunstancias el que lleva a que la búsqueda no conlleve el rescate, no una pasividad del héroe. Y, si ni siquiera es una afirmación válida para los casos de Quéreas y Habrócomes, mucho menos lo es como principio genérico.

14. Otra nota común es la simetría. A lo largo del Helenismo y del Imperio la relación erótica y en particular la conyugal tiende a ser percibida, al menos entre ciertos intelectuales, como susceptible de depender de un consentimiento mutuo, como una reciprocidad de afectos. La influencia del estoicismo debió ser determinante en este punto. Y ciertos géneros literarios, la novela entre ellos como auténtico paladín, y algunos ensayistas se convertirán en pregoneros de esta tendencia.

El enamoramiento fulminante y simultáneo, *a primera vista*, de los protagonistas en la gran mayoría de las novelas es la expresión más viva y a la vez más convencional de esta simetría. Los novelistas han insistido en esta rigurosa simultaneidad del enamoramiento, rehuendo en la mayor parte de los casos un amor nacido del trato, que puede darse en cambio en otras pasiones de nivel secundario. Este amor fulminante y recíproco se debe asociar por ello al idealismo novelesco, y de ahí, en primer lugar, que sea tenido como nota positiva, y, en segundo lugar, que en Aquiles Tacio, que con un mayor pragmatismo se resiste a la idealización a ultranza, los hechos no se cñan a este simple esquema¹⁹. El amor de Clitofonte y Leucipa nace como asimétrico y con la necesidad de

19 No está de más recordar que, en el debate, Clitofonte reduce la simetría a la complementariedad de los cuerpos y al intercambio del placer (cf. § 6).

un cortejo, único caso que conocemos en la novela entre los protagonistas. El de Leucipa es el resultado del trato y de las artes de seducción de aquél.

Pues bien, las pasiones pederásticas en la novela, aunque no son presentadas con el énfasis de las de los protagonistas, parecen responder de nuevo a un esquema semejante, si bien, como ya se dijo, esta vez habremos de establecer ciertas limitaciones a ese paralelismo, pero sin atribuirles el carácter de una oposición, como cree Konstan. Aquellas que son bendecidas como positivas, aunque puedan estar destinadas a un final trágico, suelen aparecer como un amor recíproco, lo que se muestra sobre todo cuando se las compara con la forma unilateral evidente que adoptan las pretensiones pederásticas negativas, una degradación que se corresponde con la que igualmente se da en el deseo heterosexual. Una contraposición que nos ayuda a interpretar como correspondidas y por tanto recíprocas las historias homoeróticas positivas de Jenofonte de Éfeso y Aquiles Tacio, que son también, según hemos subrayado y como por el contrario Konstan no menciona, amores fieles y destinados a una perdurabilidad que ni la muerte trunca.

15. Pero hemos aludido a algunas diferencias. En el caso de las relaciones pederásticas sin duda era muy difícil resistirse a la presión representada por una tradición en la que la pareja estaba formada por un enamorado y un adolescente esencialmente pasivo, al que con frecuencia había que seducir con regalos y con un determinado cortejo. De ahí que en las novelas no asistiéramos a escenas de mutuo enamoramiento comparables a las que, en el caso de los protagonistas, han dado uno de los tópicos más espectaculares del género. Así, en Jenofonte de Éfeso Hipótoo se prenda del jovencito Hiperantes, al que ve en el gimnasio, pero no se nos narra que su pasión se vea correspondida de modo simultáneo, sino que la de Hiperantes será un resultado del acercamiento activo y eficaz de Hipótoo (3.2.2 s.). O, de otro modo, responderá a un proceso de seducción, lo que puede traernos a la memoria el caso de Leucipa y Clitofonte en Aquiles Tacio. Y éste sólo nos dice que Clinias (1.7.1) y Menelao (2.34.1) respectivamente “estaban enamorados”²⁰ de un muchacho; el que el muchacho en cada caso les corresponda es un hecho que se da en el desarrollo de la historia. En este punto, pues, sí estamos más de acuerdo con Konstan cuando ve esta relación como desigual (p. 27).

Sea como sea, conviene añadir todavía otra observación. Si la distribución de los papeles en la sociedad griega tradicional ofrecía muy escasas posibilidades para el establecimiento real de una simetría erótica en lo que se refiere concretamente a la relación entre distintos sexos, es muy razonable sospechar que, por el contrario, la más libre y coyuntural relación pederástica sí ofreciera mayores facilidades para una relación al menos relativamente más simétrica, por más que existiese un dominio, que ha sido bien estudiado, del varón adulto y desde luego un desigual nivel en el plano del placer: quizás no de una simetría tan formal e idealmente expresada como la del erotismo novelesco, pero sí un afecto compartido. Ciertas historias del acerbo mítico y legendario son muestras de ello. Y, así, Partenio en su texto 7 nos dice que, aunque Hiparino somete primero a su pretendiente Antileonte a una arriesgada prueba, luego ambos se aman (ἀλλήλους

20 Μειρακίου δὲ ὁ ἔρως ἦν γ' ἤρων μειρακίου καλοῦ, por ese orden.

ἐφίλουν). Y ya nos hemos referido a la existencia de otras historias en las que hubo un prolongado afecto, que evidentemente suponía alguna forma de relación simétrica. Y ahí se podría añadir como parábola significativa en la que reina universalmente la simetría el mito del andrógino del *Simposio* platónico²¹. Por tanto, la existencia de una simetría novelesca, o de una fuerte propensión a ella, también en los amores pederásticos no parece tener el mismo grado de novedad que en el caso del amor heterosexual, pero es sobre todo por la inoperancia del tópico del enamoramiento *a primera vista*, no por la ausencia de la simetría. Por ello no puede sorprender que los amores de las parejas pederásticas en la novela se presenten como los más simétricos imaginables dentro de una forma de relación en que no existía una tradición asentada de simetría, salvo en esos casos citables por su excepcionalidad ejemplar.

16. Hemos aludido antes igualmente al carácter excluyente del amor en las novelas. Exclusión significa no sólo cualquier rechazo de una promiscuidad, dentro del mismo sexo, sino una barrera frente al otro sexo. De esto no hay ninguna duda en el caso de las pasiones simétricas heterosexuales, si bien convendrá que luego volvamos al caso especial del protagonista de Caritón (cf. §§ 17 s.). Así, en Jenofonte de Éfeso Corimbo y Euxino se oponen en sus distintas atracciones físicas. Y en lo que atañe a los dos “amigos” pederastas del relato de Aquiles Tacio, los hechos son muy claros. Clinias y Menelao sólo padecen una inclinación decidida y fiel hacia sus amados masculinos. Es más, ni siquiera se plantea el problema en el texto de que esto pudiera no ser así. Las tomas de posición de Clitofonte y de Menelao en el debate que cierra el libro II, tal como las opiniones misóginas de Clinias expresadas anteriormente (1.8.1-9), son muy significativas al respecto. Tenemos por tanto una diferencia esencial respecto a los tipos de pederastas que reflejan no ya sólo el epigrama sino una figura como el Calicrátidas del Pseudo-Luciano, cuya promiscuidad erótica es tan evidente como la de su antagonista Caricles. Por no citar el ejemplar de perfecta ambivalencia que representa Teomnesto en la misma obra. Sin duda el idealismo del género novelesco ha penetrado también en este aspecto en el ámbito de la pederastia, impregnándolo de esa negación de la promiscuidad que seguramente la realidad desmentía con frecuencia. La atracción exclusiva hacia el propio sexo y hacia un ser único y elegido va, pues, de la mano de este rechazo de la promiscuidad.

La figura de Hipótoo en cambio es excepcional, desde el momento en que muestra una indiscutible ambigüedad sexual y esta ambigüedad está acompañada de una complejidad del personaje que puede resultar un tanto disimulada por el esquematismo del relato de Jenofonte: practica una profunda y duradera relación erótica con adolescentes,

21 Justamente uno de sus aspectos resaltado por FOUCAULT, *op. cit.* (n. 3) II, p. 212, es el de que rompe con la tradicional asimetría: las dos mitades, con indiferencia del sexo que ostenten o del que procedan, son equiparables y padecen el mismo deseo; es más, no cabe ni siquiera una asimetría de edades, tan importante en la Grecia antigua tanto para el matrimonio como para la relación pederástica. Y esa simetría pasional supone, como no podía ser por menos y como ya hemos dicho, una exclusividad radical.

pero realiza un circunstancial e interesado casamiento con una mujer de edad (5.9.1)²² y también siente una momentánea atracción sexual hacia Antia (5.9.11 s.). Es un caso aislado en la novela griega, ya que los tipos de relación homoerótica en ella suelen ser definidos sólo como tales, lo que contribuye a hacerla compatible con la función del *amigo* del protagonista. Es más, esa inclinación pederástica decidida parece perfectamente armónica con tal amistad, en la que no cabe, según vemos en Aquiles Tacio, una actitud de *rival* en relación con Leucipa. Hipótoo en cambio rompe también este esquema al aparecer, aunque sea muy inconsciente y fugazmente, como posible *rival*. O al menos como acosador sexual de la protagonista. Hay incluso un leve y momentáneo riesgo de contracción entre dos de sus funciones: la de pretendiente o acosador eventual de Antia y la de *amigo* incondicional de Habrócomes, a las que se sumará su otra función de *auxiliar* de ambos jóvenes esposos en su reencuentro.

Por otra parte, el cambio en la actitud erótica de Hipótoo podría interpretarse, si el texto mismo no entrase en contradicción con tal propuesta, como relacionado con un proceso que a veces está recogido en la literatura y que pudo responder a un uso en la realidad social. Plutarco en su *Erótico* (751e) nos ha dejado el recuerdo de un pasaje de Solón en el que éste confesaba el abandono de la pederastia con el paso de los años y su aprecio por “los trabajos de Afrodita” (fr. 26 West), tal como mucho más tarde en el poeta-filósofo Filodemo de Gádara leemos otro texto igualmente significativo (*AP* 11.34) en el que se reconoce haber tenido una juventud un tanto licenciosa, con amores locos, si bien ya le ha llegado el momento de sentar la cabeza “en el yugo de una boda con una doncella hogareña”. Pero Hipótoo no parece responder a esta actitud. Su matrimonio con una vieja acomodada es simplemente interesado, sus pretensiones sexuales sobre Antia son meramente coyunturales, aunque muestran su ambivalencia, y el final del relato lo deja definitivamente emparejado con un adolescente. Por lo demás, Jenofonte ha subrayado que esa pasión de Hipótoo por Antia es un producto del trato (ἐκ δὲ τῆς καθημερινῆς σὺν τῇ κόρῃ διαίτης: 5.9.11), lo que nos aleja del enamoramiento fulminante tan típico de los protagonistas y por tanto del *buen amor* que éstos ejemplifican. Este dato puede relacionarse a su vez con el hecho de que, en el acoso de Corimbo a Habrócomes, aquél también se siente atraído como resultado de un prolongado trato (1.15.7), no por efecto de una pasión *a primera vista*.

17. Ahora bien, ¿cuál es la situación concreta en las diversas novelas? Ya hemos recordado que existe una determinada distribución y señalado ciertos aspectos diferenciales, pero conviene que entremos en algunos detalles y nos sujetemos de paso, dentro de lo posible, a una más estricta cronología.

22 El texto especifica sin embargo que es la anciana (πρεσβυτις) la que se enamora de Hipótoo y que éste accede al matrimonio forzado por su pobreza (ὕπ' ἀνάγκης τῆς κατὰ τὴν ἀπορίαν). Es difícil no sospechar que estos datos de la edad avanzada y de la urgencia económica son traídos a colación por el autor precisamente para subrayar de modo indirecto la fidelidad de Hipótoo a su amado desaparecido.

Una serie de pasajes del texto de Caritón²³ arrastra un problema que no debe plantearse ni lógicamente intentar resolverse sin tener en cuenta un hecho más general, ya mencionado, y que es el de una posible vinculación entre amistad y emparejamiento pederástico. En el libro citado del Pseudo-Luciano sobre todo parece darse un cierto intento de identificación entre la amistad y la pederastia y podrían aducirse otros textos en los que se apunta en idéntica dirección. El que en los relatos novelescos sea bastante usual que el protagonista masculino esté acompañado en sus andanzas, como hemos recordado, por un joven *amigo*, que cumple múltiples funciones y entre ellas la de una lealtad o devoción que lo convierte en un sacrificado *auxiliar*, es un dato que complica la interpretación, para empezar, de la actitud erótica de Quéreas. Si, además, el protagonista de Caritón es, como de costumbre, un joven de la máxima belleza, conociendo qué es lo que esto solía significar en la tradición pederástica, la solución debe buscarse con extremo cuidado. Así, la expresión referida a Quéreas “el gimnasio lo echaba de menos y estaba como desierto, pues lo querían todos los jóvenes” (ἐπόθει δὲ τὸ γυμνάσιον Χαιρέαν καὶ ὡσπερ ἔρημον ἦν. ἐφίλει γὰρ αὐτὸν ἡ νεολαία: 1.1.10) puede tener un sentido convencional, amistoso, que corroboran los hechos posteriores, pero también podría tener algún otro más preciso²⁴. La admiración de los varones ante la belleza de un adolescente o un joven es un viejo motivo literario y desde luego usualmente ligado a la pederastia. Todavía en el *Erótico* plutarqueo se alude con la mayor naturalidad a los “enamorados” del hermoso joven Bacón (*Mor.* 749e-f). Si el *amigo* Policarmo es un perfecto representante de estos camaradas, el más devoto sin duda, lo cierto es que en el curso posterior del relato no hay entre ambos el menor atisbo de relación erótica. Policarmo representaría el don de la fidelidad amistosa y ése suponemos que debe ser el sentimiento expresado en el pasaje citado. En 8.1.6 desea que Quéreas se enamore de una supuesta cautiva, y, si su matrimonio final con la hermana de Quéreas, como una especie de recompensa de esta fidelidad, no es en absoluto un argumento contra su hipotética actividad previa como pederasta, sí corrobora esa actitud, bien reconocida, de *amigo*.

Sin embargo, la sospecha de que aquella frase tenga un sentido más allá de la camaradería no es del todo infundada, al menos como desconfiada creencia, puesto que algo más adelante un personaje del relato califica a Clitofonte de πόντος (1.2.3)²⁵. Pero

23 Nos referimos sobre todo a 1.1.10, 1.2.6 y 1.3.6. La pederastia en Caritón la hemos tratado con mayor detalle en un artículo de próxima publicación en *Scholia* (“Pederasty in Chariton’s *Chaereas and Callirhoe*”). Por ello extractamos aquí lo ya escrito en ese otro lugar.

24 Un eco de este pasaje se da en 8.6.11, cuando los mismos συνέφηβοι καὶ συγγυμνασταί de Siracusa saludan a Quéreas a su retorno, a la vez que las mujeres saludan y admiran a Calírroe. En otro lugar (4.7.5 s.) es Calírroe objeto de admiración por su belleza, pero un reparto por sexos se da sólo en 6.1.2-4, donde el grupo de los varones se limita a defender, con vistas al pleito de Babilonia, unos a Quéreas, otros a Dionisio, en tanto que las mujeres aconsejan a la joven, paralelamente, en favor de uno u otro. No hay por tanto alusión alguna a la cuestión que nos interesa aquí.

25 Cualquier corrección de este término nos parece fuera de lugar. Recientemente G. P. GOOLD ha recuperado en Loeb (1995) el innecesario ἄπορος de K. PRAECHTER, “Textkritisches zu Chariton”, *Philologus* 62 (1903) 227-233, que W. E. BLAKE en su edición se limitara a acoger en su aparato crítico. PLEPELITS, en el comentario que acompaña a su versión alemana (Chariton von Aphrodisias,

este grave insulto procede de uno de los frustrados pretendientes, de los que además no se nos dice en el texto que posean alguna información privilegiada sobre la conducta de Quéreas. Otro de los pretendientes añade que, frente a la inocencia de Calíroo, se puede contar con que, en el caso de Quéreas, no haya nada semejante y ello permita un fácil ataque de celos: “Pero Quéreas, por haberse formado en los gimnasios y no estar carente de experiencia en las faltas de los muchachos, puede con facilidad por sospechas incurrir en celos propios de los jóvenes” (ὁ δὲ Χαιρέας, οἷα δὴ γυμνασίους ἐντραφεῖς καὶ νεωτερικῶν ἀμαρτημάτων οὐκ ἄπειρος, δύναται ῥαδίως ὑποπτεύσας ἐμπεσεῖν εἰς νεωτερικὴν ζηλοτυπίαν: 1.2.6). La deducción que parece obligada es la de que, aunque Quéreas sea en realidad tan inocente como Calíroo, ha vivido no obstante en un ambiente en el que se supone que concurren ciertas circunstancias que permiten la existencia de relaciones que pueden dar lugar a ataques de celos. Como no hace falta recordar que los gimnasios no eran precisamente lugares de convivencia mixta y que Caritón hace remontar su historia a los tiempos clásicos, la conclusión parece evidente: la frase alude a la conocida atmósfera erótica de los lugares en que la juventud griega se ejercitaba y no hay razón alguna para imaginar que todo es simplemente de nuevo una calumnia.

18. Pero aún falta citar un nuevo pasaje que confirma esta interpretación. Cuando Quéreas acusa violentamente a Calíroo de haber caído en falta, ésta le reprocha: “Es el portal de tu casa el que estaba acostumbrado a las parrandas y el que tú estés casado aflige a tus enamorados” (τὰ δὲ σὰ πρόθυρα συνήθη τυχόν ἐστὶ τοῖς κώμοις, καὶ τὸ γεγαμηκέναι σε λυπεῖ τοὺς ἐραστάς: 1.3.6)²⁶. Demos por bueno de nuevo que es ahora la cólera la que pone en boca de Calíroo estas palabras y que jamás ocurrió nada parecido ante las puertas de Quéreas, pero es evidente que Calíroo sabía que cosas así sucedían y que, en el caso de Quéreas, podrían haber sucedido. Todos estos lugares parecen, pues, complementarse expresivamente. Plepelits considera el último “die einzige Stelle im Roman, an der auf die unter den Griechen weitverbreitete Sitte der Päderastie angespielt wird” (p. 164, n. 24), sin notar al parecer la relación entre los tres pasajes citados. Todos ellos sumados y ya fuera de subjetividades propias de las actitudes de los personajes dan pie para la hipótesis de la *posibilidad* de una eventual y previa con-

Kallirhoe [Stuttgart, 1976]), traduce acertadamente por “Hurenbube” y J. MENDOZA por “puto”, pero otros traductores son menos afortunados (“ignoble individuo”, aunque “prostituí” en n.: P. GRIMAL; “mignon: G. MOLINIÉ; “crápula”: M. C. HERRERO INGELMO; “nancy boy”: B. P. REARDON) o simplemente soslayan la cuestión. El inefable “catamite” de LIDDELL-SCOTT-JONES no es tampoco adecuado. En español vulgar se diría con toda precisión “chapero”, ya recogido en el reciente *Diccionario del español actual* de M. SECO *et alii* (Madrid, 1999).

26 GOOLD en su edición citada (cf. *supra* n. 25) comenta sobre este pasaje: “Only here in the novel is homosexuality referred to unless the mention of Patroclus and Achilles in 1.5.2 is to be so interpreted”. Lo primero es tan erróneo como la observación de Plepelits que mencionaremos de inmediato y lo segundo está fuera de lugar: la pareja formada por Aquiles y Patroclo se cita evidentemente porque Policarmo es conceptualizado de φίλος ἐξαιρέτος (*ibid.*), de lo que un Patroclo o un Pílates eran paradigmas. Tal suposición de Goold, con una valoración positiva de la pederastia, creemos que iría contra el espíritu mismo de esta novela.

ducta pederástica de Quéreas, pero sobre todo de una *normal* pederastia en el ambiente de un gimnasio como el frecuentado por Quéreas. Pero de todos modos el comportamiento de Policarmo a lo largo del relato implica que el autor no ha tenido la menor intención de recordar aquel hecho, sino más bien la contraria, de hacernos pensar que entre ambos amigos no hubo nunca sino una vinculación de amistosa camaradería.

La conclusión parece, pues, indiscutible: la novela que mayoritariamente suele tenerse por la más antigua que conocemos completa no ignora ni deja de lado el tema de la pederastia, incluso en sus aspectos menos idealizados, pero supedita su mención a aquellos momentos y a aquellas opiniones circunstanciales en que se impone una actitud negativa respecto a ella. El papel de la pederastia en Caritón es, por tanto, claramente marginal, pero con una marginalidad bien distinta de la que se da en las novelas de Jenofonte y Aquiles Tacio, en las que es materia de historias secundarias y, en el segundo, de un debate ya comentado. Si la cronología relativa de las novelas es la más usualmente aceptada, ello significaría que es sólo a partir de determinado momento y no desde sus primeros pasos cuando el género admite esta dimensión erótica como tal y como materia narrativa, no como simple tema aludido. Sea como sea, esta ausencia de historias pederásticas en el relato de Caritón puede entenderse también y a la vez como parte de un hecho literario más general: la decisión de este novelista de evitar precisamente narraciones secundarias, lo que concuerda con su falta de propensión al empleo de digresiones de todo tipo. Sin embargo, creemos que sería imprudente atribuir de modo exclusivo a esta tendencia literaria la falta de historias pederásticas o la de un interés mayor por este tema. El tratamiento que hemos observado, con sus muy escasas alusiones, esencialmente negativas además, parece apuntar justamente a la existencia de otras motivaciones.

19. Sería una suerte poder extraer alguna información de los fragmentos de aquellas novelas que pueden considerarse muy antiguas y por tanto con mayores afinidades con la de Caritón. Pero estos fragmentos más tempranos (*Nino* y *Metioco* y *Parténope* sobre todo), no ofrecen indicio alguno de pederastia, lo que no es especialmente significativo dada la mínima entidad de esos textos. Bien es verdad que tampoco aparecen apenas en los fragmentos que son considerables como posteriores. Debe mencionarse sin embargo que en *Metioco* y *Parténope* asistimos a una especie de debate erótico, que también se refleja en un documento tan interesante como es la incompleta versión poética persa *Vamiq u Adhra*²⁷, pero en el que, aparte de que como novedad asiste y participa muy activamente una mujer, la materia no es el enfrentamiento de ambos amores, sino el amor en sentido amplio y sobre todo sus representaciones mitológicas. Tras las palabras del debate, por otra parte, subyace el motivo del enamoramiento de ambos protagonistas. También podemos agregar que, en la versión persa citada, existe un amigo y compañero de viajes del protagonista, un tal Tufan, pero nada permite sospechar que éste tenga inclinaciones pederásticas.

27 Cf. la información ofrecida por T. HÄGG, "The Oriental Reception of Greek Novels. A Survey with Some Preliminary Considerations", *SO* 61 (1986) 99-131, y S. A. STEPHENS y J. J. WINKLER, *Ancient Greek Novels. The Fragments* (Princeton, NJ, 1995) 74.

En los demás fragmentos de tan diversas novelas que nos han llegado no encontramos tampoco huellas de comportamientos pederásticos. Sólo en el caso de *Yólao* y el repetido y ambiguo término κίναϊδος²⁸ tenemos tal vez alguna alusión grosera que encaja bien con lo poco que sabemos de esta novela. Pero hay un ingrediente religioso ahí presente que complica aun más la interpretación. Un ámbito religioso es igualmente el descrito en *El asno* en el episodio, sobre el que habremos de volver (§ 28), de los devotos de la diosa Siria y en el que se les aplica varias veces también el término κίναϊδοι, calcado a su vez por Apuleyo en el episodio correspondiente de sus *Metamorfosis* (8.24 ss.) y que a todos nos trae el recuerdo del grotesco *cinaedus* del *Satiricón* (23). La proximidad de εὐγενής, de un lado, aplicado al mismo personaje, y de γάλλος, que puede ser intercambiable con κίναϊδος, por otro, y un contexto que apunta a una simulación nos dejan muy pocas vías para una solución del problema que no sea arriesgadamente hipotética.

Por lo que se refiere a los resúmenes de Focio, que deben manejarse siempre con extrema prudencia, sus noticias sobre los argumentos de *Babiloniacas* de Jámblico y del texto de Antonio Diógenes tampoco aportan nada sobre el tema. Si concedemos una mínima confianza a esos extractos, confirmarían que, al menos en determinadas novelas que cabe situar en fecha también posterior a la de Caritón, habría un nivel muy secundario o probablemente nulo de la relación homoerótica. Una corriente, que culmina en este aspecto luego con Heliodoro, habría optado por este rechazo o silencio sobre el tema. Y lo mismo podría conjeturarse del supuesto original griego de *Apolonio rey de Tiro*, cuyas versiones latinas lo soslayan igualmente.

20. Cabe, pues, aventurar la hipótesis de que las novelas más antiguas no parecen haber concedido a la pederastia y, si se quiere, a la homosexualidad en sentido amplio, un papel de relieve, sino, si alguno, muy circunstancial y desde luego muy distante del asignado al amor heterosexual. Esta suposición puede verse reforzada si pensamos en los datos que nos revelan sobre todo la Comedia Nueva y, en parte, la elegía helenística. Y nos lleva a la hipótesis complementaria de que la pederastia no era desde luego un factor tenido por positivo, sino que, al contrario, podía restar dignidad a un texto. Si no se negaba su existencia, se le restringía lo más posible y se tendía en todo caso a limitársele a una perspectiva esencialmente negativa. Una mayor presencia posterior y ya con una visión al menos parcialmente positiva debió tener algunas razones que, en principio, no saltan a la vista, aunque podamos sugerir algunas propuestas. Una es que la novela perdiera en una segunda fase, a la vez que una cierta dependencia de la historiografía, esa reserva que la había llevado a reducir a la mínima expresión (y, además, básicamente negativa) la presencia de la pederastia; otra sería que se trató de una cuestión de recepción, de un cierto tipo de público con menores apetencias idealistas, al que respondió ya una

28 : STEPHENS y WINKLER en su edición citada (cf. *supra* n. 27) se limitan prudentemente a transcribir el término; en cambio M. P. LÓPEZ MARTÍNEZ en sus *Fragmentos papiráceos de novela griega* (Universidad de Alicante, 1998) lo traduce absurdamente por "sinvergüenza".

novela como la de Jenofonte de Éfeso²⁹ e incluso alguna corriente de mayor grado de *realismo*, de la que claramente formó parte la de Aquiles Tacio. Desde este punto de vista, la mayor o menor presencia de la pederastia en la novela no tendría una necesaria y estrecha relación con las conductas pederásticas en la realidad social, lo que nos acerca, pero sólo hasta cierto punto, a la tesis defendida por Effe, a la que ya hemos aludido pero que será discutida más tarde (§ 33). La novela, ahora más diversificada como género, de lo que darían cuenta sobre todo las tremendas diferencias entre Longo y Aquiles Tacio, admitiría varias tendencias, una de ellas con una mayor aceptación de un hecho real como la pederastia, que además gozaba de una rica tradición literaria.

Debemos reconocer que la cuestión, planteada así, abarca demasiadas variables para que pueda ser fácilmente aceptada en todos sus extremos. Sin embargo, los hechos que hemos recogido nos parecen, a pesar de todas las lagunas con que tropieza la indagación, bastante significativos como para que puedan ser ignorados. La novela en un proceso de al menos tres siglos estuvo sujeta a modas y de alguna manera a la presión de un público cuya uniformidad es muy poco verosímil. En este proceso los novelistas procuraron sin duda atender las diversas demandas de esta audiencia, y la pederastia, como vemos sobre todo por los ensayos del tiempo, era una materia delicada y problemática. Es difícil señalar una relación estricta de estos cambios en la novela con una división en etapas, que, además, se hace más confusa por las propias oscuridades cronológicas, por la difícil asignación de los fragmentos a esas etapas y desde luego por la muy probable existencia de esas diferentes tendencias. Nuestra precaria información y los problemas de la cronología relativa y absoluta nos impiden dar una respuesta afirmativa a este punto. Pero hay indicios de que esta relación no es rechazable.

21. En Jenofonte de Éfeso la pederastia pertenece desde luego también a los márgenes de la novela, pero estrictamente en el sentido de que su práctica no atañe al ámbito personal de los protagonistas sino a las inclinaciones de alguna figura negativa como es el pirata Corimbo y a la historia de un personaje de segundo rango, el *amigo* de Habrócomes Hipótoo, siendo esto último lo mismo que, con mucha mayor extensión y por partida doble, sucederá luego en Aquiles Tacio.

En el inicio del relato los rasgos destacados son la extremada y admirada belleza juvenil de Habrócomes y su consciente orgullo derivado de esa belleza que le lleva a una impiedad que nos hace pensar inmediatamente en la figura de Hipólito, pero quizás más aun en un Narciso. A diferencia de lo que sucede en Caritón, se nos precisará su edad (περὶ τὰ ἕξ καὶ δέκα ἔτη: 1.2.2), como la de Antia (ἔτη μὲν τεσσαρεσκαίδεκα: 1.2.5). Pero, también a diferencia de lo que ocurre en aquél, no hay en el relato de Jenofonte ninguna alusión comparable a un ambiente juvenil con práctica de pederastia. Incluso la admirativa exclamación καλὸς Ἀβροκόμης (1.2.8) se pone en boca de toda

29 En una contribución, "El bandillaje egipcio en la novela griega", al *Homenaje al Profesor Presedo* (Universidad de Sevilla, 1994) 131-140, y en un trabajo más reciente, del que sólo ha aparecido la primera parte, "¿Oralidad y *literatura de consumo* en la novela griega antigua?: Caritón y Jenofonte de Éfeso (I)", *Habis* 31 (2000) 177-217, hemos apuntado el sentido de este posible cambio representado por Jenofonte de Éfeso y expuesto en detalle estas cuestiones.

la muchedumbre de Éfeso, lo que la convierte en un grito de sentido estético y descarta cualquier sabor de atracción pederástica³⁰. Pero, de nuevo frente a Caritón, cuyo protagonista masculino no padece ningún acoso sexual, en el caso de Jenofonte su protagonista sí los sufre, de un modo a veces paralelo a los que padece Antia, y, además, los de Habrócomes son de un doble signo. Este novedoso motivo del acoso sexual del protagonista será recogido por Aquiles Tacio, Longo y Heliodoro, convertido en un tópico novelesco, aunque con acusadas diferencias y reforzador de la tendencia al paralelismo que se da entre ambos protagonistas de Jenofonte. Pero el del acoso pederástico del héroe es un motivo que sólo reencontraremos en Longo (cf. §§ 27 s.). Ésta es la primera prueba erótica de Habrócomes, simultánea, además, con la primera padecida por Antia; él es objeto del acoso del citado pirata Corimbo (1.15-2.2), que previamente ha sido descrito (1.13.3) con los rasgos desagradables que se van a reiterar también en otras novelas en las presentaciones de los malhechores. La pasión de Corimbo en Jenofonte es, como hemos recordado, de otra suerte que el típico amor fulminante heterosexual: procede de la visión diaria durante la navegación y el trato la acrecienta. Este acoso utilizará mecanismos típicos de la seducción heterosexual que suelen padecer sobre todo las heroínas, en concreto la mediación de un tercero y la combinación de halagos y persuasión con amenazas. La idea central es que Habrócomes no es ahora sino un cautivo que se espera que ceda a una relación sexual con su amo, lo que supone simplemente aludir a un viejo uso³¹; de lo contrario, se ganará la hostilidad de éste. Es más, se le recordará que a su edad esa relación sería la más esperable (“¿A qué precisas de una amada a la edad que tienes?”, τί δὲ ἐρωμένης τηλικῶδε ὄντι; -1.16.5). Cuando luego Habrócomes lamenta su destino, maldecirá (como hacen tantas veces las heroínas de las novelas) su belleza y exclamará: “¿Para esto, pues, hasta ahora me he conservado casto, para someterme al infame deseo de un pirata enamorado? ¿Y qué vida llevaré de prostituta en vez de ser un hombre...?” (εἰς τοῦτο ἄρα μέχρι νῦν σῶφρων ἐτηρήθην, ἵνα ἑμαυτὸν ὑποθῶ ληστῆ ἑρῶντι τὴν αἰσχρὰν ἐπιθυμίαν; καὶ τίς ἐμοὶ βίος περιλείπεται πόρνη μὲν ἀντὶ ἀνδρὸς γενομένῃ...; - 2.1.3)³². Estamos así ante una relación que, de un lado,

30 Cf. lo que luego veremos en Heliodoro (§ 30) en situaciones relativamente comparables.

31 El tema del esclavo al servicio sexual del amo reaparece con gran frecuencia en la literatura imperial. Callicrátidas en *Amores* del Pseudo-Luciano tiene un selecto grupo de tales παιδικά. Por citar otros dos textos muy diferentes, cf. en el *Erótico* de Plutarco 768a y, de Artemidoro de Daldis, 1.78. KONSTAN, *op. cit.* (n. 10) 39, sugiere sin embargo que el paralelismo trazado por Jenofonte en los acosos de Corimbo y Euxino sobre los dos protagonistas permite suponer que, al igual que el segundo pretende a Antia en matrimonio, como no es infrecuente en el caso de los *rivales* pretendientes de las heroínas novelescas, el primero “intends to maintain an enduring relationship with Habrocomes, rather than the kind of affair that terminates when the beloved boy, or *paidika*, reaches maturity; the model of marriage draws to itself and subtly informs the pederastic pattern, as well as vice versa”, lo cual parece ir contra la opinión que ya vimos sostenida por el mismo autor sobre la relación entre pederastía y heterosexualidad en la novela (cf. § 10). De todos modos, el texto de Jenofonte no permite ir lejos en tales suposiciones. La propuesta de relación entre Habrócomes y Corimbo es a todas luces la de un siervo sujeto al placer de su amo, mientras que Euxino oferta explícitamente el matrimonio.

32 El término σῶφρων, que no dudamos en traducir así (“casto”, como otros traductores —por ejemplo, “chaste” G. ANDERSON en B. P. REARDON (ed.), *Collected Ancient Greek Novels* (Berkeley-Los An-

no sólo no es deseada, sino tenida por repugnante, y, de otro, se considera como natural y amparada por los usos sociales. La comparación con la prostitución nos recuerda de inmediato la palabra *πόρνος* empleada como injuria contra Quéreas y que concentra el desprecio hacia una actividad siempre repulsiva. El rechazo por Habrócomes de esta relación y la referencia a su castidad es comparable a su vez a la defensa de su virtud por parte de tantas heroínas novelescas.

La pederastia ofrece, pues, en Jenofonte una cara negativa que no puede menos de recordarnos un pasaje de los *Érotos* del Pseudo-Luciano, donde un personaje (Caricles) la enjuicia como una forma de degradación erótica en la que un varón es tratado sexualmente como si fuese una mujer, y al mismo tiempo también cómo Dión al final de su *Euboico* (151 s.) la entiende como la categoría más aberrante y extrema de las degradaciones eróticas, sin huella alguna tampoco de nada que no sea el placer momentáneo. Argumentaciones y condenas todas que suponemos en línea con su relativo descrédito en estos tiempos y con la difuminación de su ancestral aureola idealizante y pedagógica.

22. Por ello, el contraste con la historia contada por Hipótoo al comienzo del libro III no puede ser mayor. En ella la pederastia aparece, en la relación entre Hipótoo e Hiperantes, como una forma de amor con cualidades tan positivas que la hacen equiparable a la heterosexualidad. En este relato reencontramos viejos datos, como el conocimiento y enamoramiento en el gimnasio, incluso el encuentro en una fiesta religiosa, la declaración y el sí del *erómenos*, etc. (3.2.2-4). Es una pasión dotada, si no de una perfecta simetría, puesto que Hiperantes debe ser pretendido y accede ante la pena de amor de Hipótoo, sí de un afecto mutuo y en ella se despliega igualmente una recíproca fidelidad. Hipótoo guardará esta fidelidad largamente a su amado tras la muerte de éste, se consagrará a su recuerdo y, aunque luego se entregue a otro amor³³, le dedicará una tumba. La pederastia en Jenofonte es por tanto también concebible, al igual que el amor heterosexual, como pasión voluntaria y compartida, no como imposición. Pero la misma his-

geles-London, 1989), se refiere no a una castidad perfecta (Habrócomes ha tenido ya su noche de bodas y una cierta convivencia matrimonial con Antia), sino, creemos, a un ideal expresado previamente (cf. 1.1.4 ss. y de nuevo *σώφρων* en 1.4.4) y que lo equipara de alguna manera con Hipólito y figuras semejantes. No es, en nuestra opinión, prudente entender en cambio que con aquel término Habrócomes aluda sólo a un rechazo específico de la pederastia en aquel tiempo anterior a su enamoramiento de Antia: su orgullosa rivalidad era con Eros y su desdén afectaría por igual a cualquier joven hermoso de ambos sexos (cf. 1.1.5).

- 33 Respecto a esta otra relación erótica y el texto de 5.15.4, algún autor como FUSILLO, *op. cit.* (n. 14) 230, señala que Hipótoo “adopta” a Clístenes (“il secondo amore di Ippotoo, il bel Clistene da lui adottato”). También KONSTAN, *op. cit.* (n. 10) 39, n. 38, lo acepta sin discusión y añade por su cuenta: “Hippotheus’s adoption of Clisthenes marks the termination of the pederastic relationship”. Y J. ALVARES (“The Drama of Hippothous in Xenophon of Ephesus’ *Ephesiaca*”, *CJ* 90[1995] 404) llega sobre la misma base a una serie de conclusiones no todas las cuales son compartibles: “Cleisthenes is not a substitute for Hyperanthes” (en realidad, Clístenes puede desempeñar un papel semejante al de Mélite en Aquiles Tacio antes de la reaparición de Leucipa); “the *oikos* formed by Hippothous with his adoptive son parallels the lasting domestic life of Habrocomes and Anthia” (justamente este paralelo es más claro si Clístenes representa al compañero erótico y no al supuesto hijo adoptivo). Pero hay que advertir que sólo se trata de un suplemento de ciertos editores acogido demasiado generosamente por diversos traductores.

toria de Hipótoo muestra de nuevo el aspecto negativo de la pederastia en la figura del potentado pretendiente de Hiperantes, que, con la complicidad de un padre desnaturalizado, compra al muchacho y perturba así aquel amor noble y correspondido. La muerte de Hiperantes resolverá trágicamente el episodio, introduciendo un motivo que reaparecerá en las historias pederásticas de Aquiles Tacio. Tenemos así, como ya comentábamos, el tema del amor obstaculizado y del agente perturbador en la forma de alguien dotado de poder y capaz de una conducta moralmente condenable.

En Jenofonte, por tanto, hay una distinción ética tajante entre una pederastia buena y otra mala, entre una pasión compartida y una sexualidad forzada y grosera, en la que un *erómenos* no es ya sólo un ser pasivo, sino un inferior obligado a una tarea degradante. El paralelismo con el doble amor heterosexual es evidente. De algún modo, la coacción ejercida por Corimbo sobre Habrócomes o por un personaje poderoso sobre Hiperantes es comparable en su nivel de fuerza y asimetría con la ejercida luego por una mujer como Manto y del mismo modo y por las mismas razones es moralmente rechazable. En el segundo caso citado incluso se apela en su presentación a la hipocresía de la instrucción, que, como veremos (§ 25), es un motivo que no falta en otros textos del tiempo. Por ello nos parece superficial y fuera de lugar la propuesta de Effe³⁴ de que la ya citada edad de Habrócomes explicaría el que éste rechace los avances homosexuales de Corimbo por ser un adulto (no es ya un *παῖς* o *μειράκιον*, sino “ein erwachsener Mann”, y de hecho está casado). La edad es un freno en el nivel pederástico, pero, como bien sabemos, no una barrera absoluta. La mencionada comparación con una prostituta (2.1.3) es bien significativa y su rechazo corresponde, de un lado, a una concepción negativa respecto no sólo a una forzada relación pederástica, sino a cualquier amor, como se ve en su conducta con las *rivales*, no sólo no deseado ni compartido, sino incompatible con la exclusividad de su fidelidad a Antia. No creemos, pues, que sea aquí especialmente pertinente la cuestión de la edad, aunque, desde la perspectiva del propio Corimbo, sí puede citarse la ampliación de la edad del *erómenos* que se aprecia en un autor como Estratón y que apunta a un aspecto más de la disolución del viejo concepto de la pederastia³⁵. La negativa de Habrócomes responde, pues, a un haz de causas, y, entre ellas, a su leal entrega a un único amor heterosexual, al entramado de amor/fidelidad típico de la novela, y es paralela al rechazo simultáneo de las pretensiones de otros varones por parte de Antia. Habrócomes, puede adelantarse, se comporta en cierto modo como Dafnis en Longo ante los avances de Gnatón (cf. §§ 27 s.) y los dos episodios en ese sentido concreto tienen un significado bastante semejante.

34 *Art. cit.* (n. 11) 98 y n. 7.

35 En el caso de Hipótoo e Hiperantes, el pasaje correspondiente (3.2.4) plantea interrogantes y ha sido retocado por algunos filólogos en el sentido de que la edad de ambos es la misma. Esto debería parecer poco verosímil, puesto que el comportamiento de Hipótoo es claramente el de un *erastés* y siempre lleva la iniciativa (cf. luego § 31), lo que no significa tampoco que estemos ante un planteamiento purista y tradicional de la pederastia. El suplemento ἴσον de DALMEYDA, aceptado por otros, está fuera de lugar y la distinción entre νέος y μειράκιον parece significar una diferencia, a despecho de la escasa precisión de estos términos. Así lo cree ALVARES, *art. cit.* (n. 33) 394.

23. A la vista de estos aspectos resulta inaceptable la conclusión sacada en una nota por el editor Dalmeyda en *Les Belles Lettres* (*ad* 3.2.4), en la que escribe: “On voit qu’Hippotheos est traité dans notre roman avec de sympathie: Xénophon va presque jusqu’à nous attendrir sur le sort malheureux de cet amour: on peut penser cependant que les παιδικά sont, en quelque mesure, réprouvés par notre auteur”, y esto citando el rechazo de Habrócomes de los avances de Corimbo. Es evidente que Dalmeyda no distingue los dos niveles eróticos que con tanta claridad define Jenofonte.

Por lo que se refiere al encuentro de Hipótoo y Habrócomes (2.14), que dará lugar a una leal amistad, podría entreverse la posibilidad de que incorporase —dada la caracterización de Hipótoo— alguna motivación o tentación pederástica. Por supuesto, referido a un protagonista novelesco y a su relación con el típico *amigo*, esto parece bastante inconcebible en el género, pero lo que nos importa es si el contexto permite alguna aceptación de esta sugerencia al menos desde el lado de Hipótoo³⁶. Lo único que hallamos en ese pasaje es la alusión de éste a la belleza del joven protagonista (ὀφθῆναι καλόν: 2.14.2), lo que, si recordamos la admiración estética que se testimonia al comienzo del relato (cf. § 21), no es un argumento significativo. Además, la propuesta de Hipótoo es explícitamente la de ser compañeros de viaje, por lo cual entre ambos se establece una promesa de recíproca ayuda (ὄρκους ποιούσι συνεργήσειν τε καὶ συλλήψεσθαι: 1.14.4). Y es precisamente la letra del texto la que nos lleva a la idea de que no hay indicio alguno válido para una conclusión distinta. G. L. Schmeling ha sugerido en cambio que este encuentro de Habrócomes e Hipótoo implica “a very natural homosexual relationship, temporary in nature, and aberrant from Habrocomes’ natural instincts, but not from Hippothous...”, o que al menos esto es lo que un lector griego podía deducir de tal contexto³⁷. Es cierto que, después del relato de Hipótoo sobre sus amores con Hiperantes, ésta podría ser una deducción razonable (de nuevo en todo caso, insistimos, desde la perspectiva del lector de la época), pero ese relato es posterior a ese encuentro y el lector de la novela no posee a estas alturas otro dato que el anterior rechazo contundente de Habrócomes a una forzada relación pederástica.

24. La situación de Aquiles Tacio respecto al tema es más compleja que la de Jenofonte, pero, como hemos dicho, se mueve en una dirección semejante. Hay sin embargo ciertos datos concretos en los que se aprecian divergencias. Por lo pronto, el pro-

36 Ya en BRIOSO, *op. cit.* (n. 12) 1989, 608 planteábamos este problema, aludíamos a la “sutil ambigüedad” de este encuentro y añadíamos: “La necesidad de resolver juiciosamente esta ambigüedad quizás haya forzado un tanto al autor a disponer de una criatura tan borrosa como el adolescente Clístenes, que cabría interpretar como una mera encarnación de las posibilidades del propio Habrócomes en su hipotética relación erótica con Hipótoo”. Reconocemos que hoy, con una observación más atenta del fenómeno de la pederastia en la novela, no nos atrevemos a hacer un juicio de intenciones como ése.

37 G. L. SCHMELING, *Xenophon of Ephesus* (Boston, 1980) 52. EFFE, *art. cit.* (n. 11) 98, n. 9, y ALVARES, *art. cit.* (n. 33) 400, disienten de esta deducción de Schmeling, que en cambio ha hallado cierto eco, por ejemplo, en la contribución de R. JOHNE, “Women in the Ancient Novel” al volumen publicado por el propio SCHMELING (ed.), *The Novel in the Ancient World* (Leiden-New York-Köln, 1996) 187.

tagonista masculino no aparece siendo o habiendo sido objeto de acoso homosexual ni tampoco de un posible cortejo de enamorados, aunque, como veremos (§ 25), se le acusará malévolamente de mantener una relación pederástica con el sacerdote en 8.10.5 s., lo que no responde más que a un empeño en desacreditar a ambos. Estamos, por tanto, ante la repetición de un motivo ya hallado en Caritón, en boca de los hostiles pretendientes. En cambio; fugazmente Clitofonte, que conoce, según confesará luego, el sexo a través de su visita a los lupanares, aparece como hostil al amor (1.7.2), pero de un modo pragmático (“me burlaba de él [de Clinias]... por dedicar su tiempo a sólo sus amoríos y ser esclavo del deleite amoroso”: ἔσκωπτον οὖν αὐτὸν..., ὅτι σχολάζει φιλεῖν καὶ δοῦλός ἐστιν ἔρωτικῆς ἡδονῆς) y no con el nivel de antagonismo divino con que presenta este motivo Jenofonte de Éfeso. Toda pretensión o acoso erótico procede para Clitofonte del lado femenino, representado por una mujer tan excepcional como la supuesta viuda Mélite. Podría parecer razonable buscar una explicación, aunque sea sólo parcial, de esta falta de acosos homoeróticos en Aquiles Tacio en la cuestión de la edad de Clitofonte, que en los tiempos en que ocurren sus aventuras tiene diecinueve años (cf. 1.3.3), lo que lo alejaría de la edad tradicional del *erómenos*, pero el citado pasaje de 8.10.5 s. anula esta justificación. La razón que nos parece de mayor peso reside en que Aquiles Tacio ha excluido de su presentación de la pederastia todo rasgo negativo, excepto en ciertos lugares en que existen motivos concretos.

La pederastia positiva está representada por los dos *amigos* del protagonista, Clinias y Menelao. Clinias, dos años mayor que Clitofonte (1.7.1), tiene, como Hipótoo, amores con un adolescente (μειρακίου: *ibid.*), Caricles, y su historia termina, como también luego la de Menelao, trágicamente. La amistad de Clinias con Clitofonte es muy profunda (éste lo llama “mi segundo dueño después de Leucipa”: τὸν μετὰ Λευκίππην ἐμὸν δεσπότην: 3.23.3), sin que tengamos derecho alguno a ver ahí alusión alguna a una relación pederástica: estamos simple y llanamente ante el concepto de leal y extremada amistad típico de la novela. El reencuentro de ambos en 5.8.2 s. es muy afectuoso y Clinias es un perfecto *auxiliar* del protagonista, incluso como mentor erótico en el proceso de seducción de Leucipa y como consejero después en favor de la boda con Mélite (5.12)³⁸.

La historia de Menelao es en realidad aun más trágica, puesto que él es el causante de la muerte de su amado. Aquiles Tacio insiste en un motivo ya apuntado en la historia de Clinias, puesto que éste se siente culpable de que un regalo suyo, un caballo, llevase a la muerte a su παιδικά. Ambas historias, pues, comparten el motivo del sentimiento de culpabilidad, como forma de profundización psicológica en unos personajes que en los primeros tiempos del género seguramente eran, como podemos contemplar en Caritón, demasiado planos y faltos de materia biográfica.

25. La homoerótica también posee en Aquiles Tacio ribetes negativos, pero muy circunstanciales. Nos referimos en especial a ciertas acusaciones, lo que, según señalábamos, recuerda lo que sucedía en Caritón. Así, en 8.9 el sacerdote de Ártemis, en un dis-

38 Una conducta que recuerda la ya citada de Policarmo en Caritón 8.1.6 (cf. § 17).

curso de tono socarrón (“aristofánico”) y dirigido en buena parte a acusar a Tersandro de supuestos vicios del pasado, condena la prostitución masculina y una forma viciosa de homosexualidad tanto pasiva como activa, siguiendo evidentemente unas directrices de la literatura clásica³⁹. Nos importan entre tantos elementos unos pocos: la figura del supuesto *erómenos* que simula virtud y afán discente, ocultando con ello unas inclinaciones lujuriosas, una referencia que hace juego con la también conocida del pederasta que se atribuye la calidad de enseñante (cf. § 22); la profesionalización de esa actividad con la existencia incluso de un local, lo que es novedoso sin duda; la transformación, con el paso del tiempo, de este papel de *erómenos* en otro de pederasta, con la alusión reiterada a una sexualidad promiscua, puesto que en todos los casos se habla de una pluralidad de relaciones (πολλοῖς αἰδοῖσι ἀνδράσι, πάντας δὲ τοὺς χρησίμους, τοὺς μὲν νεανίσκους, etc.).

Un pasaje celebrado del *Satiricón* merece ser aducido aquí. Nos referimos al episodio del efebo de Pérgamo (85-87), que D. McGlathery ve con toda razón como un testimonio humorístico de la problematización de las relaciones homoeróticas en este tiempo y que a la vez puede interpretarse como una especie de parodia de la relación entre Sócrates y Alcibíades planteada en el *Simposio*⁴⁰. En el tema de los regalos, no se trata ya de aquellos simbólicos tradicionales, para complacer a un adolescente cortejado, sino de pagos sustanciosos, comparables al estipendio de la prostituta o al costoso capricho de una *hetera*, lo que además deja fuera de duda la total falta de compromiso entre el amante y el amado. Aquella actividad desvergonzada y escandalosa que se denunciaba en el citado discurso *Contra Timarco* (12 s.) ahora parece haberse convertido en un vicio tal vez bastante generalizado y del que el epigrama es un fiel cronista⁴¹. Incluso Clinias, como hemos recordado, hace un valioso regalo a su *erómenos*. La figura del jovencito de Pérgamo y el tipo que se reproduce en diversos epigramas representan la evolución del pasivo y complaciente παιδικά tradicional hacia un pícaro egoísta, aprovechado y sensual. Pero el texto latino ofrece esa otra vertiente: la de una parodia de aquel Sócrates austero, encarnado aquí en otro pícaro, el filósofo o maestro que hace una interesada farsa de su desdén hacia las relaciones físicas. Y ya hemos visto cómo en Jenofonte de Éfeso también aparece este motivo, hipócritamente aprovechado por los dos culpables de la perturbación de los amores de Hipótoo e Hiperantes (§ 22).

En la misma línea de imputaciones citadas Clitofonte será acusado, al par que Leucipa, por uno de los abogados de haber podido ser juguete erótico del sacerdote. El pasaje es muy interesante: “...Ha debido reparar en los rostros de estos viciosos, el adúltero y la buscona, ella lozana y moza, lozano también el muchacho y con un aspecto aún nada desagradable, sino, al contrario, todavía muy propicio para dar placer al sacerdote.

39 Sería muy útil una comparación con el *Contra Timarco* de Demóstenes que no podemos hacer aquí.

40 “Reversals of Platonic Love in Petronius’ *Satyricon*”, en D. LARMOUR et al. (eds.), *Rethinking Sexuality: Foucault and Classical Antiquity* (Princeton, 1998) 207-227.

41 Epicteto (*Dissertationes* 2.10.17, 4.1.35) se refiere también a estos jóvenes que se ganan así el sustento y en concreto al liberto que no tiene otro modo de vida.

¿Cuál de... *las* dos te compró con sus favores?" (8.10.5 s.)⁴². El acusador tiene en cuenta incluso la edad de Clitofonte, ya un tanto avanzada para ser un *erómenos* al uso, aunque compensada por su atractivo. Es claro que esta tan calumniosa suposición subraya este detalle como un modo de reforzar el carácter vicioso del personaje.

26. Aquiles Tacio trata el tema pederástico con la misma desenvoltura y naturalidad que, en general, el heterosexual. Los dos pederastas reconocidos de su relato (las acusaciones contra Tersandro son improbables) lo son de modo explícito e inequívoco. No hay, por otra parte, en ambos casos ninguna relación heterosexual ni ambigüedad alguna al respecto. Estamos, por tanto, lejos del tipo representado por Hipótoo, que practica incluso con llamativa simultaneidad ambas tendencias sexuales. Los dos amigos son fieles a sus perdidos amados y no se alude a ninguna relación posterior. Tampoco hay huellas de la antigua justificación pederástica en alguna forma de enseñanza. Lo que liga a las parejas de amantes pederásticos es estrictamente lo que une a las parejas heterosexuales: la pasión. Pero, tal como, en Jenofonte, en la figura negativa del ciudadano de Bizancio se recurría al tópico de la hipocresía didáctica, que reencontramos irónicamente en el *Satiricón*, en Aquiles Tacio esta nota, excluida de las parejas positivas, reaparece sólo y de nuevo con una supuesta conducta hipócrita en la figura negativa de Tersandro. Aquiles Tacio, en fin, ha repetido hasta cierto punto el panorama de la pederastia que hallábamos en Jenofonte de Éfeso, pero sin presentarnos ningún episodio de acoso comparable al sufrido por Habrócomes. Y, como Caritón, toca sus facetas negativas sólo cuando se plantea una perspectiva intencionada en algún personaje, es decir, como forma de agravio o de acusación de inmoralidad.

En cuanto al cuadro que ofrecen los discursos pronunciados en el juicio, con sus descarnadas alusiones sexuales y las conductas descritas, está muy lejos no ya de aquellas mínimas alusiones del texto de Caritón, sino de todo lo que nos aporta Jenofonte. La referencia a la imitación aristofánica puede ser una justificación literaria. Pero no hay duda de que el pudor con que Caritón y Jenofonte de Éfeso trataban aún el tema aquí se ha esfumado. El erotismo, que cabría calificar de *naturalista*, de Aquiles Tacio se da al mismo nivel en ambas clases de amor.

27. Sobre la pederastia se nos ha mostrado hasta ahora una doble visión en el género novelesco. De un lado, se la ha utilizado como marca negativa, como motivo de acusación, ligada de paso a datos rechazables como la promiscuidad y, en general, a una conducta grosera. De otro, se nos han relatado historias de amores pederásticos en las que se repiten notas bastante semejantes a las de los amores idealizados de los protago-

42 'Οποτέρα σε τούτων ἐωνήσατο; Preferimos desde luego la lectura *ὀποτέρα*, mucho más expresiva y aceptada por E. VILBORG en su edición, pero en cambio rechazada por J.-PH. GARNAUD en *Les Belles Lettres*, que sigue la misma opinión reflejada por P. GRIMAL en su traducción de *La Pléiade*. SALMASIUS entendió ya correctamente el texto al comentar: "Et ipse adolescens pro femina est". Cf. el empleo de los femeninos *σαυτή* y *λαβούσα* también en un contexto de homosexualidad en *El asno* 36 y "puellae" en el episodio correspondiente de Apuleyo (8.26). El juego malévolo con las palabras es un recurso muy típico de Aquiles Tacio y especialmente en los discursos pronunciados en este juicio.

nistas: la tendencia a la simetría y a una duradera fidelidad. La novela de Longo en cambio se decide por una visión única, y ésta radicalmente negativa. No existe la menor ambigüedad, puesto que hay un solo episodio y éste parece conllevar el rechazo y la condena sin paliativos, lo que, sumado al silencio de Heliodoro, nos ofrece un cuadro muy significativo de la etapa tardía del género.

Fusillo en su libro citado no alude a esta condena particular y pierde de vista, por tanto, un elemento clave de la historia del amor en el género. Así, su conclusión de que, si bien la novela en el nivel erótico sigue una línea paralela a la de otras manifestaciones de la mentalidad de su tiempo, con “una lenta pérdida di centralità per l’erotica classica: l’amore per i ragazzi”, pero sin que ello signifique “che la pederastia sia condannata dai romanzieri greci” (p. 229), muestra a todas luces esta laguna. En Longo hay efectivamente una condena, que está también en consonancia con ciertas posiciones de intelectuales del tiempo y que no deja de tener alguna relación con el silencio que sobre el tema, como hemos recordado, mostrará después Heliodoro. Y este rechazo cobra mayor fuerza cuando, en el texto griego de *El asno*, nos encontramos con un episodio que va en la misma línea (cf. § 28). En Longo la pederastia aparece, además, ceñida a las pretensiones de una figura muy marginal, meramente episódica, lo que también supone ir más lejos que Jenofonte y Aquiles Tacio. Y otro dato señalable, desde un punto de vista literario, es que ese episodio pederástico de Longo está ligado al argumento principal y afecta, como acoso y agresión, al protagonista, mientras que no es así en absoluto en Aquiles Tacio, pero sí, aunque parcialmente sólo, en Jenofonte, en el episodio de Corimbo. Puede trazarse, pues, una relación, desde la perspectiva que aquí nos interesa, entre los episodios de Corimbo y de Gnatón, según ya anticipábamos, y esto se corrobora por las fuertes concomitancias que se dan entre ambos. No hablamos de una dependencia de carácter necesariamente *intertextual*, sino de una clara coincidencia en el tratamiento de la pederastia en ambos episodios de dos novelas que, por lo demás, son profundamente distintas entre sí. El contexto de cada novela por separado los hace interpretables de diversos modos. Sin embargo, hay un hecho común evidente: el intento de seducción forzada. Ambos pasajes no pueden por menos de traer a la memoria que en los *Érotos* del Pseudo-Luciano Caricles apuntaba al origen de la pederastia como nacida precisamente de la violencia o de una malvada seducción (τίς ἄρα πρῶτος ὀφθαλμοῖς τὸ ἄρρεν εἶδεν ὡς θῆλυ, δυοῖν θάτερον ἢ τυραννικῶς βιασάμενος ἢ πείσας πανούργως: 20).

28. Gnatón es un nombre parlante que alude a su condición de parásito y glotón. Responde, pues, a la presentación estereotipada de personajes semejantes en la comedia y sus rasgos están apegados lógicamente a su propio tipo⁴³. Sus manifestaciones se-

43 En los restos de la *Nea* no aparece el tipo del parásito enamorado: está demasiado circunscrito al tema de la comida. No es improbable que lo hubiese, pero, como señala R. L. HUNTER, *A Study of Daphnis & Chloe* (Cambridge-London-New York, 1983) 70, es mucho más inverosímil que estuviese adornado además con el rasgo de la pederastia (un tema tan poco propio de la *Nea*). En cambio el parásito enamorado sí aparece en Alcifrón (3.31). Pudo darse, como sigue HUNTER (*ibid.*), en los textos retóricos moralizantes y tal vez deberse también a la bucólica (p. 71).

rán por tanto fácilmente inclinadas a la caricatura. Esto se observa muy bien, por ejemplo, en la amenaza de atentar contra su vida, si no logra a Dafnis, pero con una muerte digna de él: no morirá, asegura, sino tras haberse saciado de comida (4.16.4). De este modo, la obsesión excluyente y la fidelidad amorosa hasta la muerte, típicas del nuevo ideal erótico, se transforman en puro esperpento, si no en parodia. Pero también aporta otros aspectos muy significativos⁴⁴. La expresión φύσει παιδεραστής que se le aplica (4.11.2) es coherente con la tesis erótica sostenida en la novela. Gnatón no pasa aparentemente del nivel de *su naturaleza* (su descripción nos habla sólo de necesidades y placeres físicos), y de ahí que al fin pretenda incluso recurrir a la violencia; no accede a un nivel de amor culturizado, civilizado, por tanto humano, que es el que alcanzan Dafnis y Cloe tras un proceso didáctico. Pero a la vez representa paradójicamente, en palabras de Effe (*art. cit.*, p. 101), “eine widernatürliche, städtische Perversion”. Esto lo expresa más adelante Lamón, padre putativo de Dafnis, cuando acusa a Gnatón de pretender llevar al muchacho “a Mitilene para que haga un oficio de mujer” (ἐς Μιτυλήνην αὐτὸν ἄγειν ἐπὶ γυναικῶν ἔργα: 4.19.5)⁴⁵. Además, Gnatón pretenderá que Dafnis vaya a la ciudad, evidentemente como siervo disponible para sus instintos (4.16 s.). Hay por consiguiente ahí una cierta contradicción, puesto que la pederastia, la homosexualidad en general, no es *natural* y esto lo expone Dafnis en su respuesta: “Jamás hasta entonces nadie vio que un buco montara a un buco ni un carnero a un carnero en vez de a las ovejas...” (τράγον δὲ οὐπώποτε τις εἶδε βάινοντα τράγον, οὐδὲ κριὸν ἀντὶ τῶν οἴων κριόν...: 4.12.2), y ello explica el fracaso del intento sexual descrito en 3.14. La naturaleza como definida en Longo es la que se refleja en el reino animal, con su conducta instintiva, *natural*, pero que, como ocurre en el amor, precisa entre los hombres un estrato educativo. Gnatón es por ello un ser extraño, ni natural ni humano, dando a ambos términos su pleno sentido; es, cabría decir, una especie aberrante, como es un caso aislado en la novela, una rareza condenable y condenada; pero al tiempo un tipo de *vicioso* urbano. Esta figura física y moralmente repulsiva, cuyo esbozo sería Corimbo en Jenofonte de Éfeso, es éticamente paralela a la de la *rival* femenina cruel y sin control, que tendrá su más perfecta personificación en la Ársace de Heliodoro, pero que está ya anticipada en personajes como Manto o Cino en Jenofonte. Estamos ante la misma repugnancia moral hacia una sexualidad antinatural que se reitera, como dijimos, en otra novela igualmente plagada de referencias al contacto erótico puramente físico como es *El asno*, donde la única presencia de aquella se da en el citado episodio de los κίναιδοι devotos de la diosa Siria (35-38 sobre todo), presentados no precisamente como modélicos.

44 Cf. F. I. ZEITLIN, “Gardens of Desire in Longus’s *Daphnis and Chloe*: Nature, Art, and Imitation”, en J. TATUM (ed.), *The Search for the Ancient Novel* (Baltimore-London, 1994) 163 s.

45 En este contexto es sin duda irónico lo que se dice previamente de que así, bajo el magisterio de Gnatón, Dafnis puede aprender prontamente las costumbres urbanas (καὶ ταχέως ὑπὸ Γνάθωνος καὶ τὰ ἀστυκὰ διδάχθῆναι δυνάμενον: 4.19.1). Creemos, por otra parte, que KONSTAN no acierta cuando en su libro citado (cf. *supra* n. 10) subraya que en realidad Lamón se opone a que Dafnis se supedite “to being the passive partner to a man of low station such as the parasite Gnathon. It is a question of social status, not of sexual preference” (29). Este dato sería en todo caso complementario, no básico, en el planteamiento de Longo

Longo, que tanto debe a la bucólica helenística, que aún admite la pederastia, muestra en cambio su repudio con la presencia de este sujeto con su apetito puramente físico, “lacking the educational value which the Greek philosophical tradition sought in such pairings”, en palabras de Hunter (*op. cit.*, p. 71). Se alinea así con esos textos que nos han deparado también condenas decididas, como el *Euboico* de Dión Crisóstomo o la sátira 1.2 de Juvenal. Dión ha sostenido en las últimas páginas de esa obra tan afín al género novelesco tesis morales sobre las relaciones sexuales, incluyendo las referidas a la prostitución y al espinoso campo de las habidas con esclavos, proclamando de paso un claro rechazo de la propia esclavitud. La coincidencia de Longo con Dión es indiscutible: como ya recordábamos, las pretensiones de Gnatón sobre Dafnis ya en la ciudad serían las de un amo sobre un esclavo. Y es evidente que su condena de la pederastia forma parte de un conjunto de propuestas éticas. En Longo, si los jóvenes protagonistas han de pasar por un proceso de didáctica amorosa, con Filetas como *praeceptor* y con Licenion como iniciadora práctica, con la naturaleza como motor o fuerza invencible con la que no se puede vivir sino en armonía y con los dioses como seres providentes, Gnatón representa una desviación profunda respecto a ese orden perfecto. De ahí su aislamiento, como fenómeno y como dato narrativo, lo que no evita que a su vez su episodio tenga unas consecuencias para el desarrollo argumental.

29. Longo interviene, pues, en un viejo debate en torno a la relación entre la naturaleza y el amor. En muy diversos textos desde Platón, como se ha recordado, se apela precisamente a la naturaleza como modelo, con frecuencia positivo, pero a veces también negativo. Así, en el *Erótico* de Plutarco, Protógenes, uno de los contertulios, toma el apetito natural (ὄρεξις) como un mero instinto (que, con el atractivo del placer, desemboca en la procreación), tal como la necesidad de alimentarnos; de ahí que, según el mismo personaje, la atracción de las mujeres sea incomparablemente inferior a la pederástica, que no responde a una simple necesidad instintiva ni al mero goce placentero, sino a fines superiores como la virtud y la amistad. Se oponen en esa concepción la naturaleza y la civilización o progreso humanos. Longo en cambio opera con un principio mucho más simple. La naturaleza, como en Platón, es el patrón inapelable. El muy platonizante Longo, el más explícito enemigo de la pederastia en la novela, es lógico que recurra por boca de Dafnis a un argumento que ya esgrimía Platón, la inexistencia de rastros de homosexualidad en el reino de los animales, y que releemos en Plutarco (*Mor.* 990d), en el Pseudo-Luciano (*Am.* 22) e incluso esporádicamente en el epigrama imperial⁴⁶; un argumento, en fin, que va más allá de una interpretación de la figura de Gnatón como un simple vicioso y de su intento sexual como una mera “illustration of his loathsome appetite”⁴⁷. No es un azar que sea la novela de Longo el único caso del género en Grecia donde se aluda, al final, a la procreación de hijos por parte de los protagonistas. La naturaleza, esencial en este texto, aporta su fruto frente a la estéril y antinatural pederastia.

Por lo demás, la defensa que el propio Gnatón hace de su inclinación erótica es ínfima y retórica, limitada prácticamente al realce de la belleza del chico y al recuerdo

46 Cf. *AP* 10.68 (Agatías) y 12.245 (Estratón).

47 ANDERSON, *op. cit.* (n. 17) 66.

de ciertos *exempla* mitológicos muy socorridos (4.17.3-7). Hasta en este punto estamos bien lejos de otros motivos apologéticos manejados en los debates ya citados. Es más, podría decirse que la inexistencia estricta de un debate en Longo confirma la escasa categoría que la pederastia posee en su horizonte amoroso. Gnatón es simplemente el blanco de una censura contra el vicio y la depravación, comparable a tantas otras que se leen en estos tiempos. Ni siquiera es un personaje que amague con violencia, como ya hemos visto en otros casos; como algunas *rivales* femeninas, incluso recurrirá a una violencia bien real, con uno de los pocos casos de intento de violación que se leen en la novela griega. La pederastia, tal como se refleja en Longo, no es ya, por tanto, sino una manifestación de grosera y antinatural agresión sexual, emanada de un individuo socialmente tan deplorable como es un parásito. Pertenece a un ámbito sospechoso de falta de salud moral, el marco urbano, contrapuesto al ambiente rural, a la vida en la naturaleza, en la que impera el deseo heterosexual. A ese marco urbano pertenecen, según vemos en autores como Alcifrón y Dión, cortesanas, proxenetas y prostíbulos, todos ligados al *mal amor* objeto de reprobación por parte de estos intelectuales. Del mismo modo Máximo de Tiro define aún el δίκαιος ἔρως, equiparable al ὀρθὸς ἔρως platónico, por oposición a las pasiones violentas y condenables. Y Sexto Empírico, en el paso al siglo III, se revuelve ásperamente contra la libre ética sexual de Zenón y Crisipo⁴⁸. Longo sin duda está en su concepción del amor muy cerca también de un neoplatónico como Plotino, que en su sublimación del concepto rechaza contundentemente como antinatural cualquier relación homoerótica⁴⁹. Pero el Neoplatonismo no está solo en esta posición. Los estoicos habían sido defensores de la unión matrimonial, frente a quienes, como los cínicos y los epicúreos, la rechazaban o la veían como un simple requisito necesario para la procreación, y en general frente a todos los que en el ya viejo debate sobre el matrimonio se burlaban o se oponían a tal compromiso. Y los argumentos utilizados recurren tanto a la observación de la naturaleza como a las exigencias de la vida comunitaria. Esto supone un repudio absoluto de una desviación como el adulterio y no digamos la pederastia. Estamos, pues, ante una poderosa y variada corriente de pensamiento de la que Longo es un deudor aventajado.

Desde esta perspectiva hay un agudo contraste entre la conducta y los apetitos de Gnatón y aquella parte de su discurso que es reminiscencia deformada de la doctrina platónica. Hunter ha hecho notar al respecto que “the character of the paederastic parasite Gnathon may also be seen as a satirical exposure of Platonic (and neo-Platonic) pretentiousness. Certainly, his plea to Astylos that beauty is a universal which may be as manifest in a goatherd as in a plant or a river (4.17.4) can be read as a debased reflection of Platonic form’ theory, which is particularly amusing in the mouth of a character who would appear to lack any higher, Platonic, aim”⁵⁰.

48 Cf. *Pyrr. hyp.* 3.245 s.

49 En *En.* 3.5 se alude a quienes pretenden engendrar contra los dictados de la naturaleza (παρὰ τὴν φύσιν ἐθέλωσι γεννᾶν) y Porfirio en su *Vida* (15.6-21) corrobora esta radical hostilidad, concretamente contra una interpretación de las ideas expuestas en el *Simposio* platónico en el sentido de una relación carnal entre maestro y discípulo.

50 “Longus, *Daphnis and Chloe*”, en el colectivo publicado por SCHMELING, *op. cit.* (n. 37) 1996, 361-386, *vid.* 381.

Y todavía el aislamiento con que se nos muestra el episodio pederástico en Longo está corroborado por otros aspectos de la misma novela. Nos hemos referido antes (§§ 17 y 21) al motivo representado por la admiración de otros jóvenes respecto a la belleza del protagonista, si bien a veces no va más allá de una manifestación estética típicamente novelesca. Pero de todos modos el contraste no puede ser mayor con Longo, en el que la belleza de Dafnis atrae no a otros varones (la única excepción será el indigno pederasta Gnatón), sino a las mujeres: así, en 2.2.1 s. Dafnis es objeto de esta admiración e incluso del osado beso de una vendimiadora, de modo paralelo a cómo Cloe atrae los rudos piropos de los hombres que trabajan en el lagar. La discriminación de ambas orientaciones eróticas es, como vemos, absoluta, y se corresponde, según los planteamientos de Longo, con el orden natural.

30. De Heliodoro ya hemos adelantado su abstención en el tema pederástico. Si ya Longo marca con clara discriminación, sin concesiones, las dos sexualidades, Heliodoro ni siquiera menciona, para reprobarla, la variante homoerótica. Si, como han visto diferentes estudiosos y entre los primeros E. Feuillatre⁵¹, muchos aspectos del amor en Heliodoro proceden directamente de Platón, ésta sería una notable excepción y no puede dejar de sorprender que el mismo Feuillatre no dejara constancia de este hecho⁵². Si bien nunca debe olvidarse el repudio del propio Platón en su tardío tratamiento del tema.

Podemos sin embargo intentar rastrear en su texto indicios, tal como hemos hecho en los demás autores. Por ejemplo, el último motivo citado de la admiración ante la belleza juvenil. La de Teágenes es admirada por los Vaqueros (1.3.6), al igual que la de Cariclea; también la de los dos jóvenes desarma a los soldados del sátrapa en 5.7.3; a ambos los admira Tíamis (1.4.3), aunque se enamorará desde luego de la joven. Al público que disfruta del festival de Delfos le seduce Teágenes por su belleza varonil (como ocurre con otros protagonistas novelescos), pero son las mujeres las que, como ocurría con Dafnis en Longo, se sienten atraídas eróticamente y le arrojan “manzanas y flores” con el deseo de lograr su atención y sus posibles favores (3.3.8), pero de inmediato la hermosura de Cariclea la supera, porque, se nos dice, “una perfecta belleza femenina es más seductora que la del primero entre los varones” (ἀκραφνὲς γυναικεῖον κάλλος τοῦ πρώτου παρ’ ἀνδράσιμ ἐπαγωγώτερον: 3.4.1), una frase muy significativa para nuestra materia. Y, por si hubiera aún alguna duda, el narrador Calasiris añadirá con clara precisión que, si ambos jóvenes son objeto de atracción y de bendiciones populares, ella lo es para los hombres y él para las mujeres (3.4.8). Se da, pues, una combinación de actitudes estéticas, ya vistas en otros novelistas, y de reparto de papeles sexuales bien diferenciados. En 5.8.6 Mitranes, capitán del sátrapa, destina al cautivo Teágenes a Babi-

51 *Études sur les Éthiopiennes d’Héliodore* (Paris, 1966) 125-127.

52 Esta laguna en el tratamiento del tema amoroso en Heliodoro es casi general. Baste citar, por dar otro ejemplo, que en su muy exhaustivo estudio de aquellos aspectos que apuntan a la crisis de la época A. M. SCARCELLA, “Testimonianze della crisi di un’età nel romanzo di Eliodoro”, *Maia* N. S. 1 (1972) 8-41, ni siquiera menciona esta cuestión, y esto a pesar de que Scarcella sí toca la de las novedades en el ámbito amoroso.

lonia, por ser “digno de servir la mesa del rey” (τραπέζη γὰρ τῆ βασιλέως διακο-
νεῖν ἐμπρέπει), no para cualquier otro fin. En 7.8.3 Teágenes es de nuevo objeto de
admiración, esta vez de los jóvenes, pero este dato debe entenderse en un contexto muy
concreto. Heliodoro hace ahí una distribución por grupos de edad y sexo, de modo que,
en el caso de Cariclea, son las doncellas y jóvenes casaderas las que forman el coro de
admiradoras. Pero el contexto enmarca todas estas conductas en un cuadro de admira-
ción general hacia los enamorados como tal pareja, lo que deja muy claras las intencio-
nes del autor. Y todos estos pasajes reciben una confirmación decidida en 10.9.1, cuando
Teágenes pasa la ordalía de la castidad y todos los presentes no sólo se asombran de su
porte y hermosura, sino sobre todo de que siendo “un varón tan en plena lozanía no hu-
biese probado los dones de Afrodita” (οὕτως ἀκμαῖος ἀνὴρ ἀπείρατος εἶη τῶν τῆς
Ἀφροδίτης). Estamos, pues, ante una castidad varonil, aquella ἀνδρὸς παρθενία ya
mencionada, pero con cierta reticencia, por Aquiles Tacio (8.5.7). La precisión “de Afro-
dita” es absolutamente significativa y deja muy clara no sólo la trayectoria y experiencia
erótica de Teágenes, sino el sentido único del amor en Heliodoro. De este modo una
frase que se refiere también a su entrenamiento en el gimnasio (10.31.5) aleja de sí toda
sospecha.

Y hay aun otros datos referidos al protagonista masculino. Así, cuando Teágenes
habla con Calasiris de su amor por Cariclea en 3.17.3 s., le explica que ésta es su pri-
mera pasión amorosa y que jamás antes ha tenido trato con mujer alguna; es más, que
hasta entonces siempre había desdeñado la posibilidad del amor o del matrimonio, lo
que lo sitúa en un buscado paralelo con la piadosa consagración de la virginidad de Ca-
riclea y su rechazo del amor (2.33.4 s.). En cuanto al tema del esclavo al servicio sexual
del amo, que vimos en varios novelistas, reaparece igualmente en Heliodoro, pero se li-
mita a la expresión de una sospecha de Aquémenes y referida a Ársace en 7.16.1: Teá-
genes sería, según esa suposición, un joven destinado al ἀφροδίσιον διακόνημα del ama.
En cambio, está excluida cualquier alusión a un servicio semejante en el ámbito de la
homoerótica.

Ya nos hemos referido a toda una corriente ideológica hostil a la pederastia. He-
liodoro se alinea sin duda con ella, pero, por otra parte, tampoco debe olvidarse el he-
cho complementario de que en el nivel de la prosa literaria imperial la marginación o el
silencio respecto a la homosexualidad parece tener que ver con el propio nivel y las pre-
tensiones artísticas del texto, aunque ésto no pueda tomarse naturalmente como una re-
gla absoluta. Las cartas eróticas, por ejemplo, suelen evitar el tema o lo tocan mínima-
mente, excepto la colección atribuida a Filóstrato. En el tardío Aristéneto una materia
como la del adulterio se reitera en abundancia, por contraste con su lenguaje, por lo ge-
neral púdico, pero en cambio la pederastia es un territorio prohibido. Tal como, en lí-
nea con la narrativa novelesca, la virginidad es una especie de don sagrado cuya pérdida
debe repararse con las bendiciones matrimoniales, lo que muestra que no en vano uno
de los modelos de Aristéneto es Menandro, la pederastia sería una desviación inaccepta-
ble. Y, si hay una alusión a los enamorados de un lindo jovencito como Acontio (1.10),
no estamos sino ante una recreación de lo que ya escribiera Calímaco.

31. Tras esta revisión de la actitud de los diversos novelistas respecto al tema que nos ocupa, hay aun algunas otras cuestiones que pueden plantearse. Por ejemplo, en primer lugar, la de la edad de los amantes pederásticos. En las relaciones heterosexuales novelescas la simetría se refuerza con diversos elementos y entre ellos la aproximación de las edades de los dos amantes o esposos protagonistas⁵³. Esta aproximación está ya apuntada en la Comedia Nueva y se confirma en la novela. Para ello la edad del varón se ha reducido drásticamente y apenas se puede encontrar en el género, salvo escasas excepciones y desde luego ninguna en las cinco novelas conocidas completas, un enamorado o esposo que alcance los veinte años. Pues bien, en las parejas pederásticas esa aproximación no parece haberse producido, al menos de un modo tan llamativo. Los *erastai* pueden ser jóvenes, pero suelen ser maduros y experimentados. Hipótoo es jefe, hábil y escurrizado, de activas y nutridas bandas, trata a Habrócomes de un modo protector cuando se encuentran y toma la iniciativa de la ruta a seguir (2.14). Más tarde, puede vender sus posesiones, lo que muestra una independencia económica. La expresión en la que se alude a su edad y la de Hiperantes (3.2.4), que, como dijimos (n. 35), se ha interpretado, creemos que erróneamente, como semejante, es bastante ambigua como para admitir una interpretación distinta: como hombre joven, Hipótoo no era sospechoso de romper al muchacho, sino que podía pasar por un simple amigo afectuoso. Lo que seguramente no ocurría con su rival de Bizancio, que simula ser *λόγων τεχνίτης* (3.2.8), es decir, un rétor profesional. En cuanto a Clinias, Aquiles Tacio precisa su edad (dos años mayor que Clitofonte: 1.7.1), es decir, veintiún años (cf. 1.3.3). Clinias hace de mentor amoroso de Clitofonte, por estar “iniciado en los misterios del amor”. Y Mene-lao podría tener una edad semejante y desde luego aparece como económicamente autónomo (cf. 3.19.1) y como hombre decidido. Respecto a Gnatón, en Longo, no hay la menor duda: es un adulto.

La calidad de *amigo* y acompañante prudente de varios de estos *erastai* debe tener relación con este hecho de su edad. Todos se encuentran en una etapa en que pueden comportarse como adultos respecto al *erómenos*, que depende de ellos. Y narrativamente tienen todos un peso al que no se aproxima ninguno de sus *erómenoi*. En este punto, pues, los novelistas han actuado con cierta discreción, situando a estos *erastai* pederásticos en una edad cercana a la de los enamorados protagonistas, pero acentuando ese carácter de adultos y dominantes. No ha habido un interés en subrayar ahí una simetría que se pueda parangonar con la que se da en las parejas protagonistas.

32. Hemos visto cómo, por otra parte, en la novela se ha asociado con cierta frecuencia el relato secundario pederástico a la figura del *amigo* del protagonista. Esta asociación puede explicarse por la tradición de parejas celebradas por su amistad y en las cuales estaba constatada o en todo caso podía ser presumible una relación homoerótica, pero con el hecho señalado, en la novela, de que esa relación amorosa se establece ahora entre el *amigo* y un tercero y es por tanto ajena al protagonista novelesco (cf. § 7), y esto

53 Cf. BRIOSO, *op. cit.* (n. 15) § 5.14.

por la sencilla razón de que éste se consagra exclusivamente a una pasión heterosexual. En cuanto al *amigo* del supuesto protagonista de *Yólao*, convertido en γάλλος, con todo lo que esto implica, es poco lo que puede decirse. Aquella clara disociación entre la trayectoria erótica del *amigo* y su papel como tal en relación con el héroe es un hecho que hemos analizado en nuestros trabajos sobre esa figura y que hemos conceptualizado como *disponibilidad*: la estructura de la que parte la novela antigua no permite que el argumento se disperse lejos de la pareja protagonista, de modo que una historia secundaria adopta la forma de una digresión, y, por ello, un personaje como el del *amigo* en su relación con el héroe debe estar vacío de contenido propio, debe estar disponible, lo que significa libre de otras relaciones personales; éstas pueden darse antes o después de su vinculación con el héroe, pero con dificultad o sólo muy secundariamente de modo simultáneo. La *disponibilidad* es una manifestación evidente de su *subordinación* al protagonista y la historia del género muestra los intentos por quebrarlas⁵⁴.

Sea como sea, en Heliodoro se rompe ese esquema y Cnemón, que es quien mejor responde a las características del tipo, está ahora ligado a una historia también de relaciones eróticas heterosexuales. Esta quiebra de un esquema asentado en el género es evidentemente muy significativa. Heliodoro con este tipo de *amigo* heterosexual, al que se adhieren diversas historias eróticas, crea una situación de nuevo cuño. Cnemón representa un tipo de *amigo* distinto, más comparable al que se encarna en el Menelao de Aquiles Tacio, como amistad de reciente adquisición y de carácter transitorio, pero con la profunda novedad de su heterosexualidad, reforzada por su propio enamoramiento, que le lleva a su boda con la hija de Nausicles en el libro VI, abandonando poco airosamente esa relación de amistad y la compañía de los protagonistas antes de que éstos resuelvan su situación conflictiva. Por lo que se refiere a Tíamis, un segundo *amigo* también muy peculiar y bastante alejado del modelo establecido, pero que no deja de ser a la vez un eco indiscutible de Hipótoo, le hace a Cariclea una oferta de matrimonio, con lo que, sin saberlo (como Hipótoo), actúa de *rival* erótico de Teágenes. Y al tiempo tiene en común con éste el ser “un joven casto por naturaleza y haberse educado desde niño en esta disposición a la virtud” (φύσει τε καὶ ἐκ παίδων εὖ πεφυκὼς τὰ εἰς σωφροσύνην: 7.2.3). La figura de Tíamis y en cierto modo también Cnemón en su episodio con Deméneta (1.9 s.) introducen en el ámbito del personaje la exaltación de la virtud de la castidad, propugnada por Heliodoro. A la vez que en éste el amor se reduce a la pasión heterosexual, con la silenciosa proscripción de la pederastia, la castidad invade parcelas antes indecisas u oscuras, o simplemente homoeróticas, como es el caso de la sexualidad del *amigo* tradicional. El destino de los *amigos* en Heliodoro es por ello o bien el matrimonio, como ocurre con Cnemón, o el sacerdocio, como sucede con Tíamis.

33. Debemos referirnos aquí todavía a la ya aludida tesis, estimulante y polémica, de Effe, el cual, en oposición a otros estudiosos, sitúa el carácter secundario de la pederastia en la novela no en relación con una decadencia real, sino con una convención

54 Cf. sobre todo BRIOSO, *op. cit.* (n. 12) 1989, 615.

literaria que se remontaría a la épica homérica y a sus émulos posteriores. Effe, para reforzar su propuesta, minimiza los elementos homoeróticos de la épica helenística y a la vez subraya la conciencia por parte de los novelistas de ser una especie de herederos de Homero, lo que, debe señalarse, valdría más para Caritón o Heliodoro que para otros autores. La novela habría adoptado en su origen esta restricción convencional y sólo en su evolución posterior el género la habría atenuado o relajado. Jenofonte de Éfeso y Aquiles Tacio reflejarían sin duda en máximo grado esta concesión a los tiempos en que escriben, mientras que ya Longo (a pesar del influjo de la bucólica), e incluso antes parcialmente Jenofonte, y desde luego, con su total silencio, Heliodoro supondrían la restauración del ideal heterosexual de la épica. O, de otro modo, el erotismo dominante en la novela habría llevado a esa desviación, frente a la tradición épica, pero a la vez atenuada por su propio tratamiento, en un nivel siempre secundario, cuando no, como en Longo, negativo. Esto explicaría también que en alguna otra novela tan libre en la presencia del erotismo como es *El asno* se restrinja la referencia homosexual al episodio ya citado de los devotos de Cibeles y aun con un trato nada favorable. En la realidad, en cambio y siempre según Effe, sería solamente con el Cristianismo como la pederastia entraría en crisis⁵⁵. Y textos como el *Erótico* plutarqueo y los *Amores* del Pseudo-Luciano serían testimonios de esa pervivencia. Se plantea, pues, así aparentemente un problema con dos dimensiones: la una afecta a la novela como género y a su filiación respecto a géneros precedentes; la otra es una declaración de más amplio alcance, acerca de la supervivencia de la pederastia en la práctica⁵⁶, no negada estrictamente por nadie, pero al parecer sin un grado de descomposición ideológica y posiblemente social, lo que es mucho menos verosímil y nos obligaría a olvidarnos de multitud de textos de época imperial que Effe tampoco desconoce.

Estamos una vez más ante una tesis simplificadora, que atenúa o niega todo lo que no está a su favor y exalta lo que le es propicio. Naturalmente, Effe no puede ignorar la existencia de otros datos que muestran una situación más compleja, y, por ello, ha de admitir de pasada que también habría influido en la restricción de elementos homosexuales en la novela la mentalidad del tiempo, con el creciente culto del ideal del amor conyugal. Pero a la vez parece olvidar que entre la épica homérica y la novela existe una serie de estratos literarios de fuerte influencia y que la novela, como género de amplia capacidad de asimilación, puede haber atendido a influjos muy diversos. Por ejemplo, aunque no nos costaría nada admitir, olvidándonos de una obra como *Los Mirmidones*, que las restricciones en la tragedia se deban en buena parte al influjo épico, ésta sería una pobre explicación de que en la Comedia Antigua la homosexualidad, más que la pederastia en particular, tenga un nada airoso lugar, en todo caso como fenómeno secundario y degradante. Pero ¿cómo justificar por esa vía que surja una crítica a la peder-

55 BOSWELL, *op. cit.* (n. 1), por ejemplo, como es bien sabido, mantiene una tesis diametralmente opuesta en este último punto.

56 EFFE, *art. cit.* (n. 11) 96, n. 3, recuerda de paso un lugar de Aquiles Tacio (2.35.3), donde Clitofonte se sorprende de que la pederastia esté en su tiempo aún tan arraigada. Lo cierto es que la frase puede entenderse, además, como un estímulo retórico para la discusión que se inicia.

rastia en el pensamiento filosófico desde el Platón tardío o el peso creciente de la asociación del matrimonio y el amor en la Comedia Nueva, de la que la pederastia y en general la homosexualidad parecen estar ya básicamente excluidas o a lo sumo reducidas a una evidente marginalidad⁵⁷ Y la novela, en principio, comparte una moral cercana a la de la *Nea*, incluyendo en ella una semejante concepción del papel del sexo en la sociedad, con la reducción a un nivel muy secundario, la exclusión o incluso la condena implícita de fenómenos como el adulterio y la homosexualidad.

Por tanto, el recurso a la herencia épica como justificación básica resulta insuficiente, sobre todo en la medida en que un género como la *Nea*, expresión de las aspiraciones y la mentalidad de la burguesía que cabe llamar ya helenística, también borra de su horizonte de intereses principales la homosexualidad. Effe construye un puente entre la épica y la novela que salva o desdeña toda una corriente que circula bajo él. Hubo un largo proceso social que afectó a la manera de concebir la pederastia en Grecia y la literatura reflejó diversamente este proceso. La novela prácticamente está en su fase final. Nadie puede negar la influencia del relato épico en ella, pero otros muchos ingredientes han de ser tenidos en cuenta en la formación de la ética de un género que, además, no es estable, sino que muestra también su propia evolución.

34. No cuesta nada admitir, sin embargo, que el distanciamiento, la condena o el silencio en diversos grados sobre la pederastia puede ser, en parte, también un hecho literario, o mejor, de ciertos niveles literarios, y por consiguiente una convención: nos hemos referido al ejemplo de la epistolografía (§ 30). En lo que ya no estamos de acuerdo con Effe es en la extensión abusiva de su tesis y en concreto en su idea central (p. 97) de que también la novela se atenga a este silencio por pura convención literaria. Y, en el caso de la novela, es además el carácter absoluto de esta tesis lo que es especialmente rechazable, por muchos matices que deseamos introducir en ella. Las novelas conocidas es evidente que se distribuyen según unas orientaciones en parte temporales, pero en parte básicamente éticas. No sorprende que autores como Caritón, Longo y Heliodoro, en los que el idealismo llega a su máxima expresión, tengan unas actitudes muy distintas de las de Jenofonte de Éfeso o, sobre todo, Aquiles Tacio. La corriente novelesca representada por éste último accede a ciertas formas de *realismo* o *naturalismo* y a veces de humor espeso o picante, y tiene su manifestación más viva en el *Satiricón*, un texto en el que se contempla la pederastia con un extremo interés, lo que no significa que pueda ser clara para nosotros la finalidad de ese interés. Y no podemos imaginarnos si la pederastia desempeñaba un papel relevante en textos como *Yólao*, *Feniciacas* o las desconocidas *Rodíacas* de Filipo de Anfípolis, censuradas por su grosería por la enciclopedia *Suda*. La celebrada tesis de R. Heinze de que en el *Satiricón* estaríamos ante una parodia del amor idealizado y sentimental de las novelas griegas hoy difícilmente puede aceptarse⁵⁸.

57 Cf. BRIOSO, *op. cit.* (n. 15) §§ 2.5-9.

58 Creemos que en buena parte sigue siendo válida una crítica como la de G. SANDY, "Satire in the *Satyricón*", *AJP* 90 (1969) 293-303: cf. sobre todo p. 299. Un examen más reciente del tema (el original sin embargo es de 1986) puede verse en A. BARCHIESI, "Traces of Greek Narrative and the

Otro aspecto de la cuestión es si esa evolución que observamos en la novela respondió a un proceso social y mental paralelo. En un sentido muy amplio, con todas las restricciones que se desee, podría afirmarse que fue así y un análisis como el del libro citado de Boswell de algún modo viene a confirmarlo. Pero las novelas parten de una idealización del amor heterosexual, siempre que apunte al matrimonio, que perturba ese fácil paralelismo. La novela se sitúa en el nivel superior de una consideración eminentemente intelectual, preñado de connotaciones éticas, lo que nos aleja de lo que pudo ser, de existir, una especie de perspectiva social media en la época que nos ocupa. Es claro que con el tiempo en la novela se asienta, como en ciertos niveles sociales, la idea, ya esbozada en Grecia desde siglos antes, de que la pederastia es una inclinación antinatural. El rechazo, el silencio incluso, con que llega a ser tratada en algunos textos novelescos, expresan esta concepción al menos entre ciertas minorías. Esta visión social es más tajante y radical que los propios estudiosos modernos del tema⁵⁹, y, si volvemos al mundo imperial, es evidente que pudo llegar a darse precisamente, tal vez sobre todo como *desiderata*, en esas capas sociales a las que sin duda se dirigen los textos novelescos. Los debates sobre la cuestión de los dos amores, de los que se hace eco el género, revelan con toda su vestimenta retórica la pugna en torno a la pederastia, su aceptación o su rechazo. La pederastia llegó a ser un problema profundamente incómodo y el silencio de Heliodoro, por oposición decidida a la atención de un Petronio, muestra una de las soluciones más radicales adoptadas.

Roman Novel: A Survey”, en S. J. HARRISON (ed.), *Oxford Readings in the Roman Novel* (Oxford, 1999) 124-141.

59 Algunas de las páginas más clarificadoras escritas estos últimos decenios pueden leerse en la contribución de Th. NAGEL, “Sexual Perversion”, en M. BRAKE (ed.), *Human Sexual Relations. Towards a Redefinition of Sexual Politics* (New York, 1982) 122-134.